

NIPPUR

DE LAGASH

**ABAJO... MÁS ABAJO
LOS BUITRES**

**ROBIN WOOD
LUCHO OLIVERA**



50
ANIVERSARIO

Vol 3

**ABAJO... MÁS ABAJO LOS
BUITRES**

**UN RÍO LLAMADO LÓNEMER
BAJO UN CIELO DE ESTRELLAS
Y PASTORES**

HACIA EL MAR

**AGRIA HISTORIA DE MI
ESCLAVITUD**

LA FURIA DE LOS DIOSES

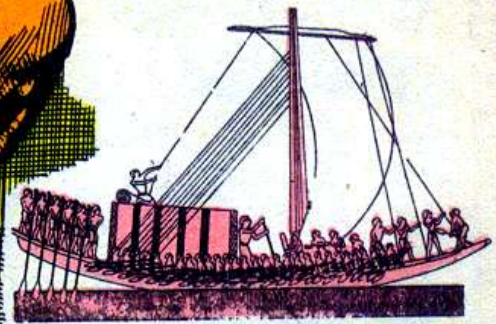
**LEYENDA DEL REY QUE MUERE
EL CUERVO**

NIPPUR DE LAGASH



ABAJO... MAS ABAJO LOS BUITRES

Por **ROBIN WOOD**



Dibujos de **LUCHO OLIVERA**

No sé cuál era el nombre de la ciudad, tal vez ni lo tuviera. Era pequeña y de casas pequeñas y de habitantes pequeños. Algunas cabras deambulaban de aquí para allá.



No tenía ni una mísera pieza de cobre, ni un collar, ni un anillo, apenas las ropas que llevaba y un caballo con pelaje de rata. Y tenía hambre.



Escúchame, anciano, deseo comer y no tengo con qué pagar. ¿Qué me aconsejas?

Era un viejo de rostro arrugado y de mirada sabia. Y es sabido que los viejos son dueños de las respuestas, por lo menos algunos de ellos.

Ven conmigo.



Caminó sin prisa por una estrecha callejuela y por fin se detuvo ante una casucha de adobe cocido por el sol.

Entra.



En el interior estaba fresco y el anciano me hizo sentar sobre una piel de oveja. Una mujer apareció y cambió algunas palabras con él.



Luego se sentó frente a mí y puso ante los dos una fuente de dátiles.

Come, extranjero. Mi mujer preparará mientras tanto el almuerzo. Es vieja pero sus dedos son expertos en el guiso.



Abuso de ti, anciano.

No digas tonterías.



Tengo un hijo de tu edad más o menos y tal vez en este momento se halle muy lejos. Y tal vez un día tenga hambre. Y tal vez entonces un anciano lo lleve a su casa a comer. Los dioses son buenos y todo lo ven.



Anciano. ¡Qué rico eres!

¿Rico? ¡Si soy pobre como...!



No hablaba de esa riqueza, sino de otra.



Nos quedamos callados largo rato mientras oíamos el entrecocar de los cacharros en la cocina. Por fin...

¡Ah! ¡Aquí llega la comida! Ahora sabrás por qué deben morir las ovejas.



El guiso de oveja era aromático y picante y devoré sin vergüenza como un carrero mientras el viejo refa con placer.

Comes igual que mi hijo. ¡Seríais capaces de barrer un rebaño entre los dos!

En ese momento sentí un rumor sordo que aumentaba paulatinamente. Cen cerros, gritos, un relincho...

¿Qué es eso, anciano?

Una caravana de los hombres de las orillas del mar, que atraviesan el desierto con mercaderías.

¡Una caravana! ¡Tal vez pueda ir con ellos!

¿Tan inquietos son tus pies, extranjero?

Me llaman "el errante" aquellos que me conocen. Y ningún hombre lleva un nombre sin motivo.

Tal vez, tal vez...

¿Dónde se detienen las caravanas?

En la plaza del mercado. En el centro del pueblo.

Caminé con rapidez por las callejuelas polvorientas y ebrias de sol. En mi cabeza daban vueltas los planes más disparados.

Por fin vi la caravana detenida. Los camellos bebían de los pozos, mientras los caballos iban de aquí para allá pateando el suelo. Busqué a uno de los camelleros.

¡Eh, tú!

Me miró sin interés. Mis ropas raídas y mi falta de armas no lo inclinaban al respeto.

¿Qué quieres?

Quiero ofrecer mis servicios como guardián de la caravana. ¿Con quién debo hablar?

El hombre era tonto y tal vez más que un tonto pues mi espalda es ancha y puedo matar a un hombre con mis manos, y le llevaba más de una cabeza de estatura.

¿Tú? ¡Ja, ja, ja! ¿Crees que aceptamos mendigos en esta caravana?

-Me desagrada que un cualquiera me llame mendigo.



Eso era hablar de más y hasta él debió comprenderlo así.



Un cochino gordinflón trotó lastimosamente hacia mí arrastrando una enorme lanza y chillando insultos como una mujer. Empecé a enojarme.



Otro me atacó tirando sablazos como si creyera que cortaba uvas. Aferré un cántaro de agua y le dí de beber. A mi manera.



Al agacharme me salvé. El cuchillo se clavó con un estampido en el costado de unos de los carros.

Era el siervo que se había reído primero. Fui a él y lo arrastré de los pelos hasta el estanque.



¡Ven que te enseñaré a combatir como un hombre!



¡Bebe, hijo del desierto! ¡Bebe como beben tus hermanos de cuna, los camellos!

Entonces vi al hombre gordo vestido de púrpura y oro que llegaba aullando de risa hasta donde estábamos.



¡Ja, ja, ja! ¡Suficiente, extranjero! ¡Ja, ja, ja! ¡Hace años que no reía tanto! ¡Ja, ja, ja!

De un puntapié arrojé al imbécil dentro del estanque y me volví hacia el risueño gordo.



¡Ja, ja, ja! ¿Quién eres tú y qué deseas?

Me llamo Nippur y quería conseguir un puesto de guardia en tu caravana. Pregunté a ese mono maloliente y me contestó de una manera que no me agradó.

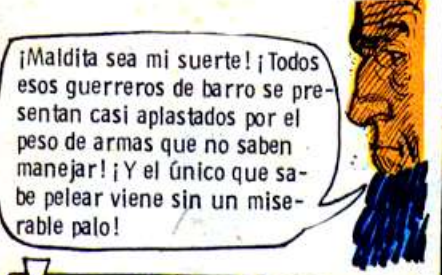


-Eso último lo supuse. No creí que ésta fuera tu manera de saludar a los desconocidos. ¿Tienes armas?

No. Estuve prisionero de una tribu bárbara y conseguí huir, pero sin ninguna de mis pertenencias.



Gruñó malhumorado y miró a sus hombres que se levantaban gimiendo del polvo.



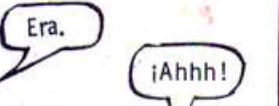
¡Maldita sea mi suerte! ¡Todos esos guerreros de barro se presentan casi aplastados por el peso de armas que no saben manejar! ¡Y el único que sabe pelear viene sin un miserable palo!

Desclavé el cuchillo del carro y lo guardé en el cinturón. Luego, fui hasta uno de mis atacantes que acababa de levantarse y le saqué la espada.



¿Qué haces? ¡Es mía!

Odio discutir con nadie.



Era.

¡Ahhh!



No te preocupes. Enseguida tendré armas.

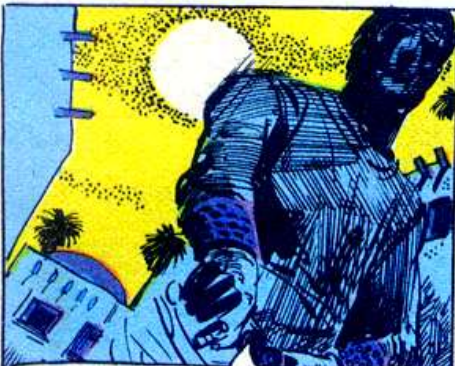
De los otros recogí una lanza y un escudo sin que ninguno protestara. No eran gran cosa pero sí mejor que nada.



Ya estoy armado.



Durante más de media hora lloriqueó y se desgarró la cara, mientras pregonaba su pobreza. No lo hacía por mezquino sino por costumbre. Yo, por mi parte, me senté en la rueda de un carro y esperé hasta que se cansó.



Te equivocas, anciano. Tu comida no tiene precio pues la diste sin esperar jamás nada a cambio. Los dioses lo saben. Ellos te premiarán.

Monté en mi peludo caballo bárbaro y les dije adiós. Quedaron allí ambos, menudos y viejecitos, sonriéndome, con el gordo cordero a los pies.



De pronto apareció el camellero con el que peleara (que supe luego se llamaba Gados) seguido de un hombre embozado en flotantes mantos negros.

¿Qué haces aquí?
¡Mi puesto es a la cabeza de la caravana!



¡No creas que...!



¡Ufff! ¡Cállate!



Y ahora te haré una advertencia, cuidador de camellos. No vuelvas a importunarme o te costará la vida. ¡Ahora, vete!



Se alejó renqueante y el hombre de los mantos negros rió divertido.

¿Qué te causa gracia?
Eres persona práctica para discutir, hombre alto.



¿Quién eres tú?

Yo soy Ser-el-Kher, el guía de esta caravana.



¿Hay algún peligro en el camino?

Los peligros son como los pozos en la arena. Están allí y tú no los ves. Pasas a su lado y nada te ocurre. Otras veces te hundes.



¿Hay tribus hostiles?

Las tribus hostiles son como el viento que arrastra la arena. En cualquier momento brotan como trombas sobre las dunas. ¿Vendrán? ¿No vendrán? Los dioses lo saben.



Por un momento tuve deseos de hundirle la cabeza en esa arena que presidía toda su conversación pero al fin deseché la idea y espoleé mi caballo para explorar el terreno.



El horizonte estaba desierto y solamente el sol parecía tener vida. Pero yo no miraba el cielo sino las rocas y la arena.



De pronto me detuve. Algo había en el suelo que me alarmó.

(¡Carozos de dátiles...! Excrementos de caballos. Hay frescos y secos...)



(Eso significa que alguien estuvo durante un largo rato aquí. Espiando tal vez. Este es un lugar alto y se ve casi todo el camino que ha hecho la caravana.)



(¿Querrá decir eso que alguien nos acecha?)



No bien le conté a Launo, éste se abandonó a tal serie de llantos, y denuetos que creí que estallarí como un tonel golpeado. Por fin...



Esta noche tendremos que colocar más guardias. Ocupate de eso, Nippur.

¡Esto es una tontería! ¡Por unos excrementos de caballo y algunos carozos cunde toda esta alarma! ¿Cuál es el significado de esa menudencia?



Ser-el-Kher, yo he sido soldado desde los doce años y he perdido la cuenta de las guerras y las batallas a las que fui arrastrado. Y esas eran huellas de hombres que estuvieron esperando.



El guía del desierto no discutió más y quedó allí, de pie, como un gran pájaro negro de flotantes velos.

Toma a Gados para que te ayude.



Dos días se sucedieron sin novedad, Gados obedecía mis órdenes con gesto hosco, pero la obedecía.

Ven, vamos a explorar un poco el terreno.



Pero... Ser-el-Kher dijo que éste era territorio absolutamente seguro.

No me interesa lo que dijo el hombre del desierto. Me gusta ver las cosas por mí mismo.



El terreno era pedregoso y enormes rocas; montañosas se alzaban a nuestro alrededor. En el cielo inmenso y sin nubes, los grandes buitres negros volaban en círculos.

Miremos entre esas rocas.

¡Cuidado!



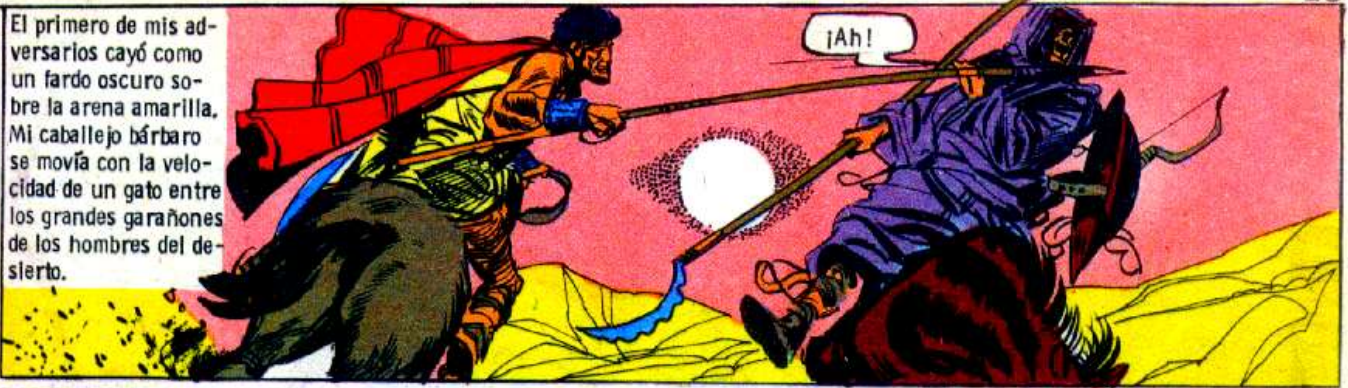
Eran tres y surgieron detrás de un enorme peñón de color pizarra. Vestían largos y flotantes velos negros y sus armas y escudos relampagueaban ante el sol del desierto.



Nos atacaron con una rapidez terrible y entonces supe por qué mi caballo feo y peludo era tan apreciado por sus dueños.



El primero de mis adversarios cayó como un fardo oscuro sobre la arena amarilla. Mi caballo bárbaro se movía con la velocidad de un gato entre los grandes garañones de los hombres del desierto.



Corrí hasta Gados pero mi ayuda fue innecesaria pues el cuchillo de mi compañero había rezado una oración de muerte por su atacante.



¿Qué significa esto, Nippur?

Significa que van a atacar la caravana, Gados.

¿Te has fijado? Visten igual que Ser-el-Kher, nuestro guía.

No es extraño. Deben ser de la misma tribu.



Cuando llegamos al campamento detuvimos nuestros caballos entre un remolino de polvo y comencé a gritar órdenes. Supe que Ser-el-Kher había desaparecido.

¡Pongan los carros en círculo!
¡Saquen los arcos y las flechas!



Launio casi se desmayó al conocer la mala nueva pero no le pude prestar atención pues una idea me perseguía la mente.

Gados, Gados. ¿Hay pez en algún carretón?

Sí.



Encontramos un carro cargado de tinajas de pez. Hice volcar el espeso líquido negruzco alrededor de nuestras carretas y por sobre las rocas.



Ahora prepara flechas con trapos en las puntas, Gados.

Surgieron desde las rocas, con sus flotantes mantos negros y sus lanzas engrasadas brillando al sol. Al frente iba un jinete con el rostro descubierto, Ser-el-Kher.



Gritaron algo que pareció una invocación religiosa y entonces...



Vinieron como el trueno y los cascos de sus caballos hicieron volar chispas. Sentí una gran excitación. Otra vez tenía hombres bajo mi mando. Otra vez era yo, Nippur de Lagash.

¡Ya!



Las flechas fueron metidas en las hogueras y cuando tomaron fuego salieron silbando contra los atacantes.



Y entonces comenzó. El pez derramado estalló en llamaradas mientras los jinetes galopaban sobre ellos.



¡No! ¡Ay!

Los flotantes mantos negros tomaron fuego como pajas y los caballos pateaban enloquecidos al sentir las quemaduras.



¡Ahhhhhhhhh!



¡Ah!

El fuego tomó más y más fuerza. El calor y el hedor de la carne quemada me daban náuseas. Las flechas llovían sobre nuestros atacantes.

Algunos brotaban entre la humareda acre y espantosa, tosiendo, ciegos y a veces ardiendo para hallarse ante las lanzas torpes de mis hombres. Por más torpe que sea un lancero, siempre vence a un enemigo cegado.



¡Ah!

Ser-el-Kher, amenazante. Desmontado de un caballo cruzó a la carrera entre las llamas y los muertos hasta entrar en nuestro campamento. Me buscaba.



¡Nippur!



Tomé mi espada y saif de entre los carros.

¡Llegó el momento de enfrentarnos, Nippur! ¡Vamos a luchar!



Tú...



¡Ah!



Al caer rompió las duras flechas de madera contra el suelo. Pude oír nítidamente el seco estallido de los astiles al romperse. Estaba muerto.

Al día siguiente, el viento soplaba y la arena fina y de color de oro comenzaba a cubrir los cuerpos muertos de amigos y enemigos. Pero no podíamos detenernos. El desierto no es lugar para perder el tiempo.



¡Adelante!

Adelante. Adelante la caravana. Adelante. Miré el cielo azul con su sol omnipotente y vi a los buitres volando en círculos cada vez más bajos.



Fin

UN RÍO LLAMADO LÓNEMER

Por ROBIN WOOD



Un campesino me dijo que el río se llamaba Lónemer y yo acepté su palabra. Habíame separado de una caravana con la que cruzara el desierto y con algunas monedas y un caballo peludo y feo continué mi viaje a ninguna parte.

Dibujos de LUCHO OLIVERA



Era un descanso para mis ojos el verdor de las riberas y el agua fría y rápida del río. Tras largos meses de desierto no me cansaba de zambullirme una y otra vez.

La caza era abundante y a veces tropezaba con ciervos. Entonces derribaba uno y comía en algún bosquecillo umbrío y salpicado de flores.



Creo que en esos días fui feliz. Mis pertenencias eran escasas y sin valor y no tenía que preocuparme de nada. Llamé a mi caballo con el nombre de Jerek, que en sumerio significa "el feo". Y nunca hubo nombre mejor puesto.



Y así vagaba sin apartarme del río. A veces recordaba las grandes ciudades y los ejércitos poderosos y los grandes carros de guerra. Recordaba a mis amigos... Teseo de Atenas... o...



(Ur-Ei... Ur-Ei...)

Mi viejo amigo, casi mi hermano, el gigante de Elam de quien me separara al convertirse en rey de Merem.



(¿Qué estará haciendo en este momento?)

Cuando la noche era oscura y la luna dormía como un puñado de polvo de plata sobre la superficie del agua, me sentaba cerca de la orilla. Era hermoso estar solo sin otra persona y sin otros sueños y oler la humedad del río y de la savia de los árboles.



Y era yo, Nippur de Lagash, quien lo vivía. Pobre y paria, sin nada encima, yo que viviera entre el oro y la obediencia. Y sin embargo era feliz. Después recordaría con nostalgia esos meses.



Fue en uno de esos días sin importancia y al mismo tiempo tan importantes, cuando vi al jinete.



(Parece un cazador.)

Galopaba en un hermoso caballo y ante él, un enorme jabalí ensangrentado trataba de huir por entre los árboles.



(¡Idiota!)

(Entre esos árboles, el jabalí puede atacarlo por sorpresa.)



No me equivoqué. El verraco desesperado giró sobre sus cuartos traseros y embistió salvajemente al caballo de su perseguidor.

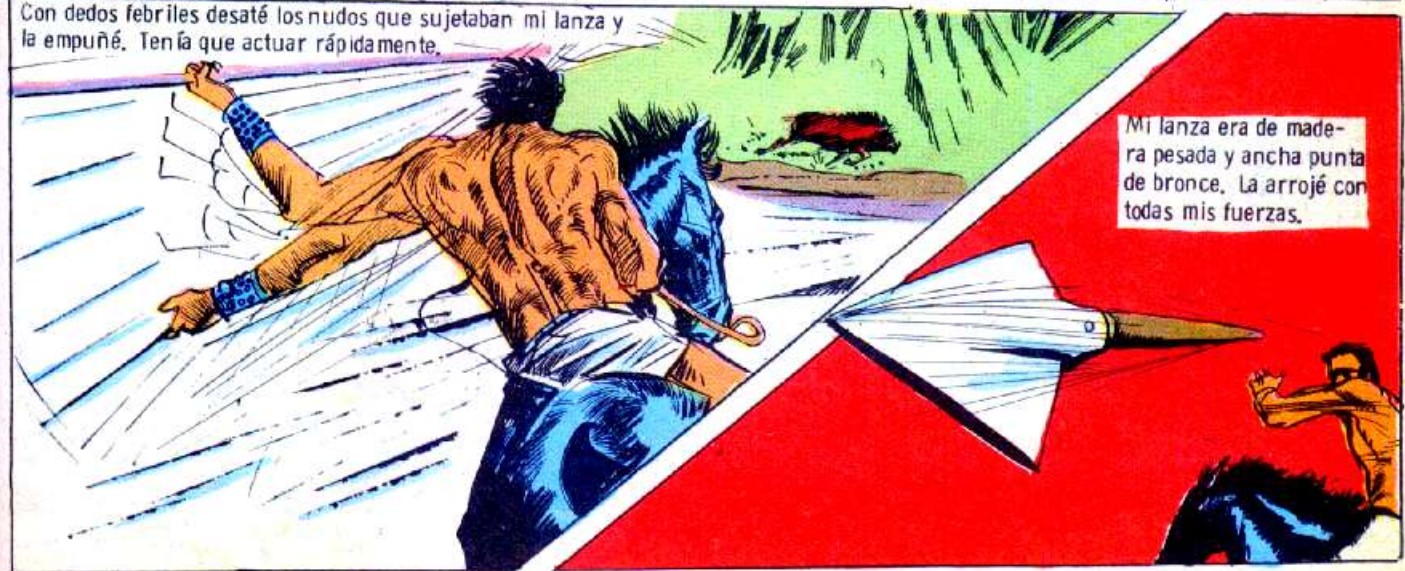


Cayó pero se puso de pie de inmediato y desvainó su cuchillo de caza. El jabalí furioso bajó la cabeza hasta el suelo y apuntó hacia él.



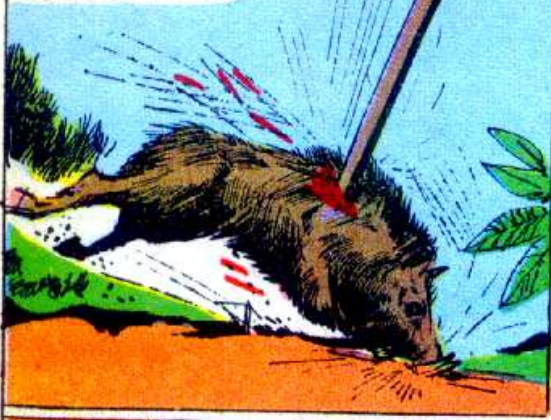
Jerek corría como sólo él sabía hacerlo. Con el vientre casi tocando el suelo.

Con dedos febriles desaté los nudos que sujetaban mi lanza y la empuñé. Tenía que actuar rápidamente.



Mi lanza era de madera pesada y ancha punta de bronce. La arrojé con todas mis fuerzas.

Golpeó al jabalí en el costado y lo tiró al suelo casi partido por el medio.



El joven quiso correr para rematarlo pero lo detuve dándole un pechazo con mi caballo.



Empuñé la vieja espada de mi montura y me acerqué al jabalí que pateaba y chillaba. Una vez junto a él...



Era un chiquillo de una hermosura inquietante. Algo me llamaba la atención en él.



¡Deja de llamarme muchacho, campesino ciego!



¡Ahora caigo! Tú no eres un muchacho. Eres una niña.



¡No soy una niña! ¡Soy una mujer!



¡Miserable campesino! ¿Cómo te atreves a hablarme así? ¡Toma!



Creo que te hace falta algo que ni tu padre ni tu madre te dieron.





¡Ay! ¡Ay!
¡Socorro!



Y espero que con esto aprendas a hablar con cortesía a una persona mayor que tú.



34 El jinete salió de entre los árboles con una sonrisa divertida en los labios. Vestía ropas de caza y contempló a la joven fingiendo sorpresa.
¿Qué haces en el suelo, Tiren? ¿Has perdido algo?

¡Oh, padre...!



¡Padre! ¡Este villano me pegó en... en... bueno...! ¡Me pegó! ¡Te exijo que lo castigues!

Caramba..., caramba...



Y dime, hijita, ¿mataste tú al jaba-lí?

Lo mató él.



¿Y tú dónde estabas en ese momento?

Padre...



¡Eres cruel! ¡Debes haber visto todo y te estás burlando de mí!

No, hijita. No me burlo.



Vi, en efecto, cómo el forastero te salvó la vida. Y también cómo te enseñó a ser más cortés. Ambas cosas las hizo bien.



Y ahora adivina qué es lo que yo espero que tú hagas.

Padre...



Daban la impresión de ser un padre y una hija que se entendían muy bien. Se miraron un momento y ella se acercó a mí.

Señor, quienquiera que seas te doy las gracias por la ayuda que me has brindado y te pido que perdones mi grosería.

Lo dijo con gracia y casi divertida. No pude menos que reírme.

Las disculpas debo pedir las yo por ser demasiado fácil de manos.



'Ella estudió con el rabillo del ojo a su padre y murmuró por lo bajo para que él no lo escuchara.

Y bien pesada que la tienes, roñoso jinete.



El anciano se acercó a mí.

Mi nombre es Alomeres, jefe de guerra de esta región, y este demonio es mi hija Tiren.



Es un placer conocerte. Mi nombre es Nippur de Lagash.

¡¡¡Qué!!!



¿Tú eres "el errante"?

Pues... sí...



Ven a mi casa. Será un honor para mí que seas mi huésped por algún tiempo.

Bueno... yo...



Era un enorme conjunto de edificios de piedra rodeado por las chozas de los aldeanos y más al fondo se veían los cuarteles de los soldados.

Este es mi pueblo, Nippur.



¡Ah! ¡No había advertido cómo extraño esto!



Ten cuidado con esa hoja, bruto, o te arrojo por la ventana.



Señor, mi amo te envía estas vestiduras.

Gracias. Déjalas allí.





Cuando bajé al gran salón de paredes de roca, ya los dueños de casa me esperaban.

Esta es mi esposa Lorentana, Nippur de Lagash.



¡Qué diferente estás, extranjero! ¡Esa túnica cambia tu aspecto totalmente!

Pues tú ahora luces como una verdadera mujer y no tengo escrúpulos en decirte que tu belleza es deslumbrante.



Ahogó una risita y murmuró bajo para que no nos escucharan.

¿Sigues teniendo la mano pesada, bruto maloliente?

Más pesada aún, mocosa huesuda.



Durante la cena tuve que responder a mil y una preguntas sobre mis viajes y los países que había conocido.

Tuve noticias que conociste en el templo de la Sibila al gran señor Sargón.



Así es, en efecto. ¿Cuáles son las noticias sobre él?

Es rey de Akad. Tuvo que luchar sangrientamente contra sus rivales pero al fin lo logró.



Dedicué un segundo al recuerdo de aquel hombre alto de facciones dignas que un día estrechó mi mano en el desierto.

¿Es un buen amigo tuyo?

Sí. Es un buen amigo.



¿Eres bueno peleando o solamente es leyenda?

• Pregúntale al jabalí que no supiste matar.



¡Odioso!



Viví durante dos semanas en la casa de Alomeres y dediqué casi todo mi tiempo a cazar en su compañía o en la de su hija.

¡Lo derribé, Nippur! ¡Lo derribé!

No.



¿Qué quieres decir?

La flecha que lo derribó es la mía. La tuya sólo lo hirió en el lomo.



Nippur, te vuelvo a repetir lo que te dije una vez. Eres odioso.

Ten cuidado, Tiren. No olvides mi mano pesada.



Esa noche comimos frente a la casa, en el prado, rodeados por los campesinos. En el fuego, el ciervo recién cazado se doraba lentamente. De pronto Alomeres gritó.

¡Baila, Tiren, baila!



¡Baila, señora, baila!

¡Baila, Tiren, baila!



La joven se puso de pie junto a la hoguera y con dedos ágiles soltó su larga cabellera que se abrió como una cascada negra.



Sus pequeños pies cobraron vida propia sobre la hierba negra del prado y danzó como una llama más alrededor del fuego mientras se oía el resonar del arpa, apenas un tintineo desde la noche.



Todos estábamos extasiados por su danza y por eso tardamos en verlos. El primero en hacerlo fui yo.

Han llegado tres forasteros, Alomeres.



Adelantaos, forasteros, y acercaos al fuego. Tenemos carne y vino para quien lo desee.

Gracias, noble señor.



Eran hombres inquietantes, de gran estatura y cuerpos de luchadores. El que parecía el jefe tenía un brazo amputado a la altura del codo. Vestían armaduras de cuero y llevaban hachas a la espalda al estilo aqueo.

Los dioses sean con vosotros.

Mi nombre es Asterión y éstos son mis hermanos Lucio y Lan los.



No me gustó nada la mirada sedienta que lanzó el manco a Tiren. Sus ojos eran perros aullantes.



Se sentaron y comieron en silencio y no tardamos en olvidarlos. Tiren volvió a bailar alrededor del fuego y el monótono entrechocar de las palmas de las manos marcaban el ritmo de su danza.



¡Baila, Tiren, -baila!

Cuando el cansancio nos dominó nos tendimos allí mismo, sobre el césped cubriéndonos con nuestros mantos y no tardamos en dormir pesadamente.



Me despertó un grito que me parecía un alarido animal.



¡Tiren!



¿Qué ocurre, Alomeres?

¡Tiren! ¡Tiren ha desaparecido!

Busqué con los ojos a los tres forasteros.



Entre las huellas revueltas de sus caballos hallé una cinta del vestido de Tiren.



¡Busca a tus soldados, Alomeres, y sígueme! Yo te dejaré huellas de mi camino.

Busqué a Jerek y me armé con arco, flechas y mi cuchillo de caza. En mi memoria brillaban los ojos febriles del manco.

¡Corre, mala bestia! ¡Corre!



Busqué huellas febrilmente, abriéndome en círculos hasta que...



(¡Aquí están!)

Jerek corría como un rayo por la ancha pradera verde y gris y el retumbar de sus cascos arreciaba cada vez más.



¡Corre, Jerek! ¡Corre!

¡Uno de ellos había quedado para cubrir la retirada de sus compañeros. Lo supe cuando un par de aves volaron espantadas desde un matorral.

(¡Ajá! ¿Quieres sorprender al viejo Nippur, canalla?)



Creo que supo la verdad cuando oyó el galope de Jerek casi encima del matorral.



Ni me detuve a echarle un vistazo. Ya lo encontrarían los hombres de Alomeres.



Pero jamás sospeché que un par de kilómetros más allá esperaba el segundo. Me di cuenta de mi error cuando sentí el silbido de la flecha.



Me quedé quieto en el suelo con el rostro hundido en la hierba, esperando. Un gran arbusto florecido se interponía entre mi atacante y yo.



(Espero que venga a asegurarse de mi muerte.)

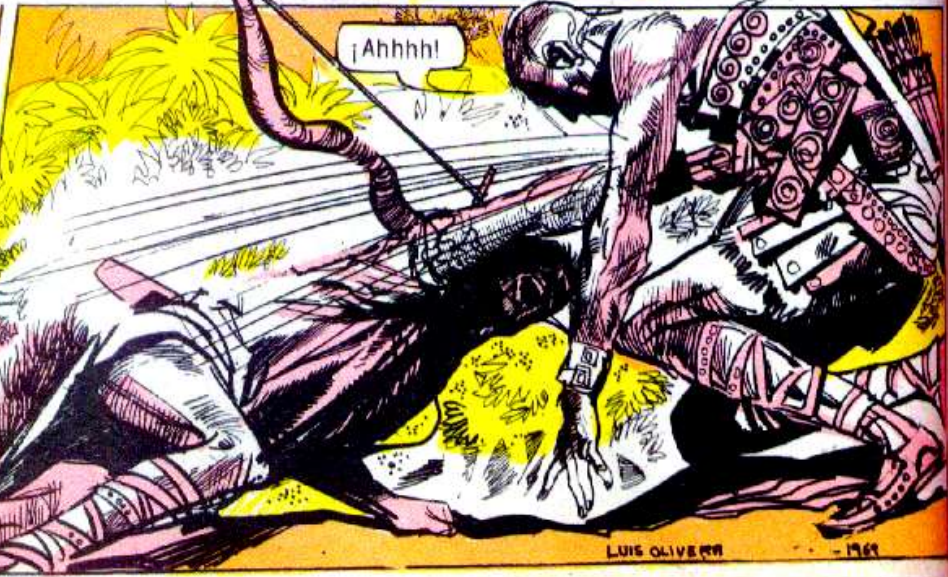


El golpe contra el suelo fue doloroso pues no es cosa de risa caer desde un caballo al galope tendido.

Vino. Sentí sus pasos pesados sobre la hierba y luego una mano brutal me sujetó de los cabellos y me alzó la cara.



Veamos tu...



Desclavé mi ancho cuchillo de caza de su cuerpo temeroso y me puse de pie. El astil de la flecha se había roto y la sangre me corría por el brazo.

¡Jerek! ¡Aquí!



El olor de la sangre lo asustaba pero era un caballo dócil y se acercó. Me costó subir.

Vamos, Jerek. Queda uno solo. Vamos, amigo.



Un campesino me dijo que el río se llamaba Lónemer y allí, en el centro de la corriente, vi los dos caballos que avanzaban.



El agua era fría y llegaba hasta mis muslos y Jerek avanzaba bufando y braceando. En mi brazo sano llevaba el cuchillo empuñado.



El manco me vio y no quise darle la espalda. Retrocedí y salí a mi encuentro. En su único brazo vi relampaguear el hacha enorme y pesada. Sus dientes relucieron en una sonrisa placentera.



No podía luchar con él. El dolor de la herida enfriada me daba náuseas y a cada momento me sentía desfallecer más y más.

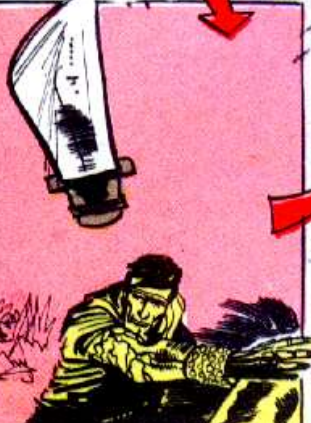


(Tengo que hacer algo.)



¡Ah!

Me jugué el todo por el todo. Tomé el pesado puñal por la hoja y...



Perdió el equilibrio y cayó en las revueltas aguas del río que me dijeron se llamaba Lónemer. Vi en un relámpago su rostro espantado y agonizante. Luego las aguas se cerraron sobre él y no vi nada más.



¡Nippur! ¡No te caigas!

Conseguí llegar hasta Tiren y desatarla. Después...

Supe después que mi herida se había hinchado como un puño y que la fiebre me había devorado por espacio de largo tiempo. Pero por fin...



¿Cómo estoy...?

Tu aspecto es lastimoso.

Un día pude levantarme y otro día me sentí fuerte otra vez. Y volvía a sentir la vieja inquietud.



Almeres, debo avisarte que partiré otra vez.

¿Por qué?

Hay preguntas que no tienen respuesta, amigo mío. No me preguntes lo que yo mismo no sé.



Comprendo

Salí al prado negro de noche y blanco de luna y miré a lo lejos la serpiente oscura del Lónemer.



Nippur...

¿Quién...? Ah... Eres tú...

Sé que te vas.

Así es.



Nippur, te amo. La otra noche cuando dancé lo hice para ti. ¡Llévame contigo! Quiero bailar para ti toda mi vida.



Pequeña, pequeña. Mujercita adorable. Si yo tuviera veinte años menos o veinte años más te dejaría bailar para mí. No recuerdes mal a Nippur, el que no puede detenerse.



¿Es el adiós?

No. Es hasta la vista.



Al día siguiente me fui. No volví la cabeza porque cuando se decide un adiós no hay que prolongarlo. Me fui galopando despacio por las riberas de ese río maravilloso y azul. Ese río llamado Lónemer y que tal vez se llame también soledad.

BAJO UN CIELO DE ESTRELLAS Y PASTORES

Era un niño apenas, envuelto en pieles de ovejas y apoyado en su cayado. En la cintura llevaba un zurrón de cuero y una calabaza y me miraba con los ojos lentos y meditativos de los pastores.

Por **ROBIN WOOD**

Dibujos de **LUCHO OLIVERA**



Los dioses sean contigo, pastor.

Contigo también, viajero.



¿Quieres compartir mi comida? Tengo aceitunas, queso y uvas.

Yo te daré vino y carne.



Desensiné mi feo caballo bárbaro y lo dejé suelto para que pastara. Todo el lugar era verde y tranquilo.

Hermosa tierra tienes aquí, pastor.

Hermosa, en verdad.



No hay mucho para hablar con un pastor. Su mundo es limitado por un prado o por una manada. Son sencillos y supersticiosos.

¿Vienes de lejos, extranjero?



He recorrido muchos caminos. He visto los toros pintados de amarillo de Creta y los jinetes que tienen el caballo tejido con hierbas en las orillas del mar.



Me miró con los ojos redondos y suspiró...

¡Quién pudiera haber tenido una vida como la tuya!



No suspires por ella, pastorcillo. El correr por todos esos caminos sólo te enseña una cosa. El bronce de una espada o el tintineo del oro da tanta dignidad como la honradez.



Verías a las personas amontonadas como ovejas, como esas ovejas que cuidas, alrededor de mil dioses, balbuceando oraciones, mintiendo... no, pastorcillo... No extrañes mi camino...



¿Ves los callos de mis manos? Nacieron del uso de la espada, de la lanza, del hacha. Mis oídos aprendieron a ser sordos a los gritos de piedad de los heridos.



¿Y qué gané? ¿Oro? Sí, es cierto. Gané oro a cambio de vidas. El recuerdo de ese oro me quema ahora las manos. No, pastorcillo. No te apartes de tu majada. Tu mundo aquí es dulce.



Pero algunos han ido por el mundo y han ceñido esmeraldas.

Sí. Algunos han ceñido esmeraldas. Y miles han ceñido las piedras negras de la muerte alrededor del cuello. ¿Olvidas eso?



Tal vez tienes razón...



Ven a pasar la noche con mi familia, viajero.

¿Con tu familia?



Sí, mi padre se sentirá contento de recibirte.



Hacía mucho que vagaba solo, a lomos de mi feo caballo bárbaro y casi había perdido ya el gusto por la compañía humana. El pastorcillo me recordó la lumbre de las hogueras y las familias a su alrededor.

No tengo nada para darte por el hospedaje.



Mi casa es pobre pero si no menosprecias el guiso de oveja y de habas, será un honor tenerte por huésped.



He sido recibido por soberanos de muchos países pero aquella invitación fue la más valiosa de mi vida pues se me ofrecía ni más ni menos que todo lo que tenían.

Gracias, pastorcillo.



Cuando el sol comenzó a descender lo ayudé a reunir su pequeña majada. Un par de lanudos perrazos nos ayudaron. Comenzaba a hacer frío y me envolví en mi manto.

¿Eres feliz con esto? •

¿Por qué no? Tengo para comer. Algún día levantaré una hoguera y me casaré y tendré una gran majada.

¿Cómo te llamas?

Joar, ¿y tú?

Nippur, Nippur el errante. Nippur, el hombre de Lagash. Me llaman de muchas maneras.

La casa de los pastores era de barro y palos con techo de paja. No eran nómadas, sino que vivían allí desde generaciones.

Aquél es mi padre. Una de sus piernas quedó inútil después de un accidente.

Padre, he ofrecido hospedaje a este hombre. Se llama Nippur de Lagash y viene desde tierras muy lejanas.

Si mi hijo te ha invitado, mi casa es tuya.

Los dioses quieren a los generosos.

¿Cuál es tu profesión?

Sentado alrededor de su fuego compartí el queso y el vino que sus hijas me escanciaron.

Pues... soy guerrero. Lo era, al menos.

Perdí cuanto poseía en un desdichado viaje a la tierra de los bárbaros, hasta mi libertad. Conseguí huir y desde entonces vagabundeo por los países sin nombre.

Uno de los perros se apartó del fuego con lentitud, gruñendo. Los demás lo imitaron y desde la oscuridad junto con los chirridos nocturnos llegaron risas de hombres.

¿Quiénes son?

Los pastores de Garuth, nuestro vecino. Vienen a buscar camorra.

RICARDO LUIS OLIVERA - NAPLES 1969



¿Qué quieres decir?

Mi padre tiene muchas ovejas y además el gran sacerdote de Ur le concedió estas tierras. Mi padre no tiene más hijo varón que yo, en cambio tiene seis hijas.



Nuestro vecino Garuth tiene cuatro hijos fuertes y más de ocho pastores que trabajan con sus ganados. Quiere tener más ovejas. Quiere tener más tierras.



No pude evitar reírme.

¡Es divertido! ¡No hay diferencia entre un pastor de Ur o un rey griego o un faraón egipcio! Todos quieren más. Más ovejas. Más ciudades. Más oro.



¿Y cómo esperan obtener más ovejas?

Por la ley tribal.



¿Cuál es?

Las mujeres deben tener hombres que las cuiden y las defiendan. De lo contrario deberán ser tomadas por esposas para no estar desvalidas.



El viejo Garuth es astuto. Manda a los hijos a visitar nuestro hogar junto con algunos de sus pastores. Luego uno de los pastores ofende a una de mis hermanas y uno de sus hijos la defiende.

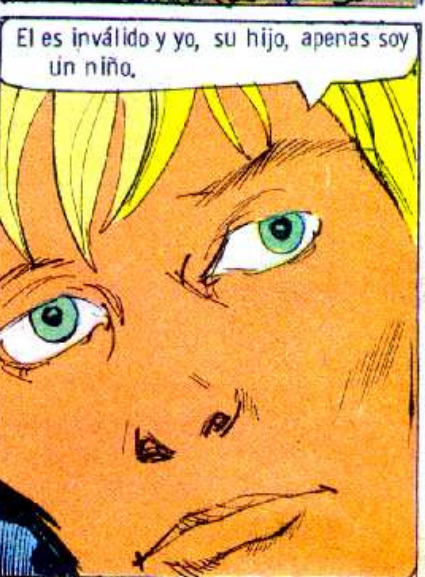


Así noche tras noche, y cualquier día sus hijos solicitarán a mis hermanas a los ancianos de las tribus por haberlas defendido continuamente.



¿Y nada puede hacer tu padre?

¿Hacer qué?



El es inválido y yo, su hijo, apenas soy un niño.



Me acucillé meditando en lo que oyerá. El mundo es muy complejo y en todas partes florece la ambición humana.

(Ovejas. Ciudades. Oro. Mujeres. La ambición tiene mil metas.)



¡Salve, Branae! Los dioses sean contigo.

Nos hemos detenido a compartir tu fuego un momento.

Eran altos y barbudos envueltos en pieles y sonreían como lobos a la luz titilante de la hoguera. Eran jóvenes, fuertes y salvajes como los hace esa vida.

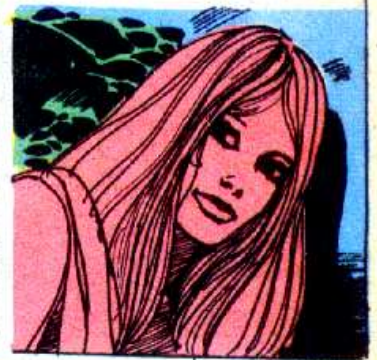


Y también a admirar a tus hijas.

Uno de los pastores me llamó la atención. A diferencia de los demás se mantenía en hosco silencio. Era el más alto de todos y parecía muy fuerte.



Y de pronto vi que su mirada se cruzaba con la de Kritos, la menor de las hijas del viejo Branae.



(Ese es el nombre del silencio del pastor.)



Tritos era el mayor de los hijos de Garuth. Había bebido bastante y contemplaba con insolencia a las jóvenes.



¡Son hermosas! ¡Cualquiera me gusta!

El cerdo carece de paladar.



¿Te refieres a mí?



¡Eh, tú, contesta! ¿Te referías a mí?





¡Sí, por supuesto.



Me contempló un momento y lanzó una carcajada.

¡Mirad esto! ¡El viejo Branae ha traído un hombre para proteger a sus hijas!



¿No has oído hablar de mí? Soy el hombre más fuerte de la región.

¡Sí. Oí hablar de ti.



Además, también te pude oler desde que entraste en el valle. Báñate de vez en cuando.



Una carcajada atronadora estalló. Era el pastor que yo advertiera silencioso. El viejo Branae, las jóvenes y el pastorcillo le hicieron eco.



Entonces el iracundo Tritos me lanzó un golpe. Golpe estúpido que esquivé con una seca torsión de cintura.

¡Yo te enseñaré...!



Lo golpeé en el costado de la cara a la manera del pugilato griego.

¡Ahh!



Sabía que se vendrían de manera que me incliné y aferré un largo y pesado leño. El calor de la hoguera era fuerte.



¿Alguno quiere acercarse?



¡Ahhh!

No sé quiéñ saltó primero. No estaban acostumbrados a otra esgrima que los puntapiés y cabezazos, y eran inhábiles para una lucha inteligente.



Los golpeé con rapidez, apuntando a las cabezas o al vientre. Ellos tropezaban unos con otros.



Tritos desvainó su cuchillo y comenzó a girar a mi costado.

¡Te mataré como a una oveja gorda!



¡No!

¿Qué haces?



¡Son muchos contra uno solo! ¡Lekman no permite eso!

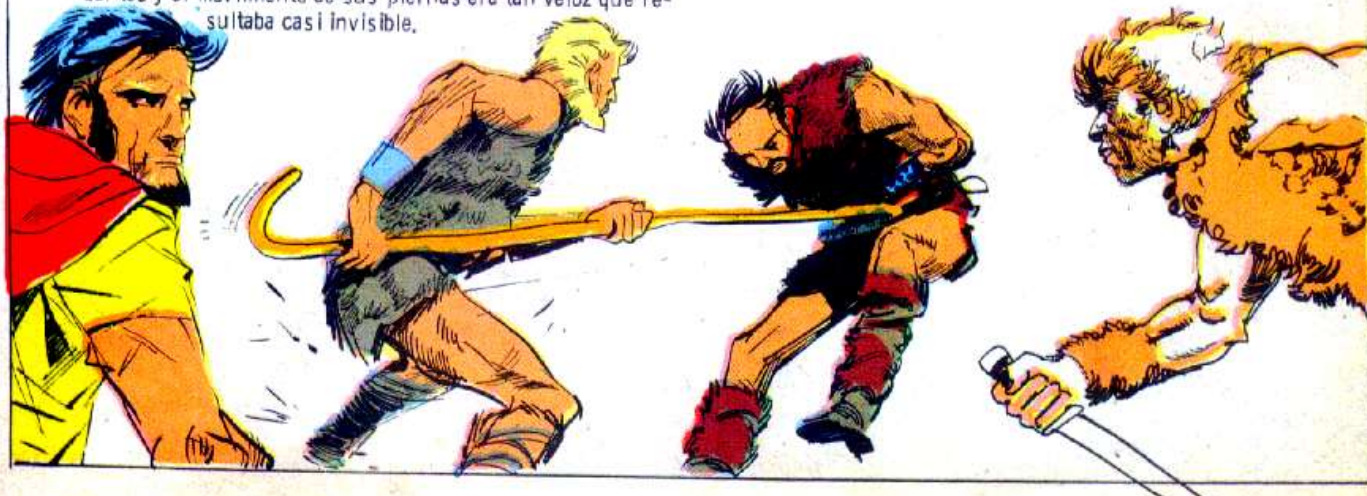
¡Suéltame!



¡He dicho que no!

¡Augh!

Lo vi atacar con su cayado asestando golpes ciertos y retumbantes y el movimiento de sus piernas era tan veloz que resultaba casi invisible.



Los hicimos retroceder confusamente. Los perrazos excitados corrían de aquí para allá mordiéndoles las piernas y las manos. Joar arrojaba piedras que resonaban contra sus cabezas.



Por fin se fueron. En la oscuridad oí sus maldiciones y sus insultos.

Esta vez no volverán satisfechos a sus chozas.



¿Cómo es tu nombre?

Lekman.



Me has ayudado bien. Y tú, Branae, ¿no necesitas un pastor fuerte y honrado, además de valiente?

En efecto, Nipour, en efecto. Lo necesito.



¿Quieres usar tu cayado con mis manadas, Lekman?

Será un honor, anciano.



Sonreí divertido cuando vi el rostro luminoso de Kritos y sus ojos llenos de sonrisas. El pastor parecía ahora cohibido pero yo tenía algo que averiguar.

¿Qué harán ahora los hijos de Garuth?

Recurrirán a Torfos.



¿Quién es?

Fue guerrero de Tith, el rey de Ur que murió picado por una víbora. Abandonó el ejército por una pendencia de juego y durante largo tiempo vagó por los caminos.



Ahora alquila su espada a aquel que pueda pagarle y para él una muerte nada significa. No teme a los dioses ni a los hombres.



¿Es cruel?

No. Es valiente y decidido y muchas veces ha evitado el tener que rematar a algún herido, pero también muchas veces ha cortado un aliento como el que corta un racimo de uvas.



¿Y qué supones que hará ahora?

Pues... Garuth irá mañana a verlo y le ofrecerá oro por tu vida. Lo tendrás aquí en el atardecer.



Muy bien. Esperaremos.



¿Torfes?

El mismo.



Cuando se acercó lo pude estudiar bien. Era de aspecto recio y posiblemente tendría mi edad. Su armadura era vieja y reparada en varios sitios. Usaba una espada muy larga, arma tonta de muchos ejércitos sumerios. Me pareció bonachón y con pocas ganas de pelear.



¿Eres tú, Torfes?

Sí. ¿Y eres tú el extranjero que apaleó a los hijos del viejo Garuth?



¡Ja, ja, ja! ¡Me hubiera gustado ver cómo corrías a esos monos fanfarrones! ¡Vi a Tritos con la cara hinchada como un zapa-llo y negra como un caracol! ¡Ja, ja, ja!



Y ahora te han enviado a ti.

Así es. ¿Tienes espada?



Desvainé y él miró con desconfianza la facilidad con que yo manejaba la pesada hoja de bronce.

Eres un guerrero. No me equivoco nunca. El sello está en ti.



¿Listo?

Listo.



La larga vida luchando contra pastores y campesinos lo había ablandado y sus golpes no eran del todo exactos.



No tardó en comenzar a jadear. La transpiración le corrió por el rostro.

Estás viejo, Torfes.



Esta vez atacé yo.

¡Cuídate, Torfes!

Lo hice retroceder a más velocidad de la que podía soportar. Le descargué terribles golpes de izquierda y derecha y las chispas volaron por el aire.



No quise matarlo. Cuando lo vi casi agotado lo pateé sorpresivamente en la cintura.



¡Aghhh!

Le apliqué una llave de lucha hitita y lo torcí sobre el suelo hasta que su espinazo cruzó.



¡Ahhhhhh! ¡Vas a...!



¿Te rindes, Tofes?

¡No...! ¡Mátame...! ¡He llegado al fin...! ¡Mátame!



Lo solté y cayó jadeante sobre las piedras del suelo. Me senté a su lado y le acerqué un pellejo de vino.

Toma. Bebe.



Bebió y se sentó tristemente sobre la tierra.

He llegado al fin del camino.

¿Cómo?



Sé lo que te ocurre, Torfes. Sientes que estás envejeciendo y tus huesos te duelen al despertar en la mañana envuelto en tu manto de rocío. Y temes que tu vejez te traiga la miseria y la soledad.



No tienes hogar ni tienes un fuego donde sentarte a la noche, ni una familia que espere tu regreso tras el día de labor.

Así es... Sabes mucho de eso...



Entonces, escucha, Torfes. Puedo ofrecerte todo eso. Fuego, familia, tranquilidad.

Deja el camino, amigo. Deja tu fama de guerrero. El anciano Branae necesita pastores y guardianes fuertes. Tiene tierras y ovejas y viñedos... y seis hijas casaderas.



-¿Seis hijas?
-Sí. Al calor del fuego, tus huesos volverán a endurecerse y el vino caliente en las noches de invierno te hará reír feliz. Y puedes hallar lo demás en los ojos de alguna de las mozas.

Esa noche alrededor del fuego, Torfes comió y bebió y contó historias divertidas del ejército. Las jóvenes rieron hasta llenarse los ojos de lágrimas y el viejo Branae tosía y rugió encantado.



¡Eres una fiesta, soldado!



Y entonces oímos las voces y las risas que se acercaban. Torfes me guiñó un ojo mientras flexionaba sus brazos de luchador. -Tenemos visitas. Creen que tú ya no existes.

Me recliné cómodamente sobre varias pieles de oveja y jugueteé con mi jarro de vino.



No están equivocados del todo. Ahora es asunto tuyo y de Lekman.

Ambos se sonrieron y empuñaron un par de nudosos garrotes de intranquilizador aspecto.

¿Vamos a espantar a los chacales, Torfes?



¡En marcha, Lekman!

Las pieles de oveja eran cálidas y el vino picante. El viejo Branae, el joven Joar y las muchachas corrieron detrás de los dos hombres para observar todo. Quedé solo junto a la hoguera.



No ha estado mal.

Un coro de rugidos y gritos de dolor rompió el silencio de la noche y pude oír las carcajadas de mis amigos. Me sentí feliz y cansado y lentamente me amodorré.



Mirad. Nippur se ha dormido.

Lo cubriré para que no pase frío.



Es un buen hombre, Branae. Algún día oiremos cosas increíbles de él y entonces cada una de sus palabras será un recuerdo más valioso que una gema.



Fin

HACIA EL MAR

Por **ROBIN WOOD**

Atravesé la gran puerta de acceso público de la ciudad de Ur cuando el sol estaba alto y los guardias amodorrados junto a las paredes no me prestaron atención. Mis ropas eran pobres y mis polainas de piel de oveja me hacían parecer un pastor.



Dibujos de **LUCHO OLIVERA**

Al paso lento de mi caballo crucé por la plaza central donde el mercado bullicioso y maloliente me obligó a descabalgar.



Había vagado mucho tiempo por las llanuras y los desiertos y había perdido la costumbre de las multitudes. Por un largo rato me sentí sencillamente asfixiado.



Un canallejo de ojos astutos se acercó lentamente a mi caballo.

(Los ladrones proliferan siempre.)



Descolgué el látigo de mi cintura y en el momento en que tendía la mano hacia mis alforjas...

¡Ay!

STUMP SWISH SWISH



¡No intentes robar a un viajero experto, ratero de poca cuantía!

¡Ahjhhhh!

STUMP!



Corrió entre la multitud que festejó a carcajadas el suceso.

¡Corre, ladronzuelo! ¡Esta vez te han sacudido!

¡Ja, ja, ja! ¡Corre!



Enrollé mi látigo y me lo volví a colgar en la cintura. Y en ese momento...

¿Quién eres tú que tienes la mano tan ágil para golpear?



Era un hombre joven y de aspecto agresivo. Vestía arreos militares pero por sus manos blancas dudé que jamás hubiera empuñado una espada.



Mi nombre es Nippur de Lagash y soy rápido en golpes para quienes lo merecen.

Yo soy Aklanámides, hijo del rey de Ur y jefe de su guarnición. Y mi látigo es el único que restalla entre estos muros.



Pues tendrás que estar muy atento, Aklanámides de Ur. Por lo que veo, ya hubo oportunidad de que intervinieras sin que nada ocurriera.



Yo...



No te distraigas, joven. Tal vez alguien te robe tu látigo si lo haces.

Todos rieron y el joven enrojeció.

¡Recordaré tu manera de hablar, extranjero, y te podrás considerar feliz de que no te arranque la lengua!



Nunca me agradó que nadie me insultara impunemente y menos un jovencito sin vello en la cara.

Ten cuidado cuando amenazas, muchacho. Te sorprendería descubrir con qué velocidad puede una espada cortar un chorro de palabras.



No esperé que me contestara y me alejé, arrastrando a mi caballo. Quería hallar un lugar donde sentarme y comer.



Me ubiqué cerca del mercado de esclavos bajo un capitel viejo. De mis alforjas saqué queso, vino, aceitunas, carne fría y frutas. Estiré las piernas placenteramente y comencé a comer.



¡Sentí un ruido de armas y arreos de bronce y vi a varios guardias que traían a la rastra a un hombre.

(¿Quién será?)



¡Aquí esperarás, miserable!

Lo encadenaron a una argolla de hierro empotrada en la pared casi al lado mío.



¡No me pongas las manos encima, sicario!

¡Ahhhh!



¡Quietos! ¡No lo golpeen! ¡Lo que recibirá después será bastante!



¡'uerco esclavo!

Era un hombre joven y fuerte como un perro de batalla. Desdeñosamente escupió en el polvo.



¿Esclavo? ¡Sí! ¡Soy esclavo pues fui capturado en una batalla con las armas en las manos!

Pero... vosotros... ¿Sois esclavos de guerra? ¿Sois soldados? ¡Qué va! ¡Apenas unos miserables esclavos por salario!



¿Buscas morir?

¿Te atreves a matarme tú? ¡Ven entonces! ¡No tengo armas y tú tienes tu espada! ¡Ven si tienes un solo pelo de hombre!

Me reí entre dientes de sólo ver el rostro poco entusiasmado del soldado. Por fin...



¡Basta de tonterías! Volvamos al cuartel.

Se alejaron con paso lento y desacompañado. Uno de ellos se sentó en el suelo, cerca, con la intención de vigilar al prisionero.



Me agradan los hombres valientes aunque sean algo salvajes. Prefiero el salvajismo del toro a la mansedumbre del buey.

¿Tienes hambre?



¿Por qué lo preguntas?

Porque tengo comida excesiva para mí.



Me puse de pie y le llevé queso y aceitunas. El guardia protestó desde el suelo, evidentemente sin ganas de levantarse.

¡Eh, tú! ¡No puedes darle de comer al prisionero!



Toma. Bebe un poco para aflojar la severidad.



¡Bah! ¡Puedes darle algo... pero rápido!

Gracias, terrible guerrero.

Comió con grandes bocados sin quitarme los ojos de encima. Por fin...

¿Por qué haces esto?



Hace corto tiempo que yo también fui un prisionero y un esclavo. Mi suerte fue buena pero no me ha lavado la memoria.



¿Y tú? ¿Por qué estás aquí?



Soy un prisionero de guerra y un esclavo, por ende. Pero yo era guerrero y nadie puede quitarme mi orgullo.

Dentro de mí soy todavía un hombre libre y las cadenas que me quebrantan el cuerpo no quebrantan mi espíritu.



Pero éstas son cosas que me digo a mí y que por lo tanto no tienen importancia. En cambio sí es importante el hecho de que golpeé a un capataz. Eso me costará la flagelación.



Y ahora apártate de mi lado, viajero. Se acerca la hora del descenso del sol. Y entonces me vendrán a buscar.



¿De dónde eres, hombre?

Mi nombre es Lfímdes y vengo de las tierras junto a las orillas del mar.



Miró a su alrededor y por un segundo vi una luz de desesperación en sus pupilas.

Nací junto al mar y mira dónde me han traído. Esta tierra de piedras y arena me hace más daño que los grilletes y los látigos.



¿Sientes nostalgia de tu tierra?

¿Nostalgia? ¡Ojalá pudiera dar un nombre tan sencillo a lo que siento! A la noche pego mi oreja a la tierra tratando de oír el rugir de las rompientes, pero nada oigo.



A las mañanas aspiró a pleno pulmón el aire tratando de sentir sabor de sal. Pero sólo siento la quemazón de la arena.

Me miró y ahora sí pude ver la desesperación y el dolor en su rostro. Y era joven.

¡Ver el mar! ¿Entiendes eso, viajero? Ver el mar... Sentir el agua salada sobre la piel y la arena húmeda bajo los pies... Verlo antes de morir... ¿Comprendes?

Me acongojo oírlo. Sus palabras me traían al recuerdo latente de mi Lagash de blancas murallas, mi Lagash más allá de las distancias.

Sí..., comprendo...

Te comprendo, Límides. Te comprendo muy bien. Y te compadezco si tu dolor es semejante al mío.

¿Qué haces junto al prisionero?

Le daba de comer.

¿Te has atrevido a ayudar a un prisionero del rey de Ur? ¿Sabes que es un delito?

Mis dioses, que son viejos y que saben mucho, me han enseñado que es delito dejar con hambre a otro que te mira comer.

¡Me importan un bledo tus dioses! ¡Has contravenido una ley y lo pagarás!

Sentí que comenzaba lentamente a perder la paciencia.

Aklanámides de Ur. No me provoques pues no soy muy tolerante.

¿Te atreves a hablarme así a mí?

¡Te enseñaré a respetarme!

¡Mocosos de tobillos sucios! ¡No debes pegar a un guerrero veterano!



¿No, eh?



¡Tal vez esto te sirva para estudiar otra respuesta que me agrade más!



Mi cólera desbordó.

¡Esta respuesta será suficiente!

¡Ahhh!

HUGH!



Lo levanté del suelo y no sentí lástima de su rostro ensangrentado y pálido. Lo sacudí como si fuera una rata y...

¡No debes permitirte más insultos de los que puedas mantener con tu espada!



Sollozó de dolor y me dio asco. De una bofetada final lo arrojé al centro de la plazoleta. Quedó allí despatarrado entre los charcos y las sobras de frutas.

Perro...



Se arrodilló, sucio de basura y sangre y gritó y aulló como un demente.



¡Esto te costará la cabeza, vagabundo! ¡Te lo juro!

¡Soldados, prendedlo! ¡Al garfio con él!



¡Ven con nosotros!

¡Suelta!





Mi caballo es feo y lanudo pero está adiestrado para correr como el viento. Lo golpeé con los talones y salí a todo galope haciendo saltar asustados a todos lo que se hallaban en mi camino.



¡Ja! No creo que ninguno de tus hombres tenga deseo de encontrarse con ese luchador



¡Tú...! Te ríes, ¿verdad...? ¡Yo te cortaré las risas!



Cabalgué furiosamente más allá de las murallas de Ur, pero no quise alejarme mucho de la ciudad,

(Aquel bosquecillo está bien.)



(Ese joven me salvó la vida. No puedo ahora abandonarlo a su suerte.



(Será difícil, pero esta noche tengo que volver allí para tratar de ayudarlo.)



(Esta noche...)



Nadie sospechó que alguien que se hubiera fugado desesperadamente pocas horas antes volvería a la ciudad en la noche.

(Llevaré sólo mi cuchillo y mi lazo de cuero.)



Buscaba la plaza. Allí debía estar aún el joven. Los castigados quedaban en exhibición durante uno o dos días.



En efecto. Vi la silueta lastimosa colgada de los brazos de un travesaño de madera.

(Allí está.)





¡Límites! ¡Límites! ¿Me oyes?

¿Tú?



Sí. Yo. Vine a llevarte conmigo.

No podrás...



¿Por qué?

Me han destrozado... Me han roto las piernas. He sido flagelado para morir... No me queda mucho tiempo de vida...



¡Perros! Lo hizo Aklanámides, ¿verdad?

Sí... Y ahora bebe en los jardines de su palacio para olvidar el dolor de los golpes que le diste.



(Las pagarás...)

Lo coloqué como pude sobre mi caballo y me dirigí al paso lento, con la cólera burbujeante como una lava negra, hacia el viejo palacio de Ur.



Dejé el caballo oculto en un callejón y me deslicé dentro de los jardines del palacio.

(Espero que aún disfrute de la cena...)



Sí. Desde el tronco protector de una palmera lo ví. Tenía el rostro como una bolsa de carne cruda pero reía y bebía junto con varios querberos y muchas jovencitas.



Y de pronto...

¡Alcázame si puedes, príncipe!

¿Eh?



Rió y tiró su copa y tambaleándose un poco, salió corriendo tras ella.

(Esta es mi oportunidad.)



¿Dónde estás, Laria? No te escondas.





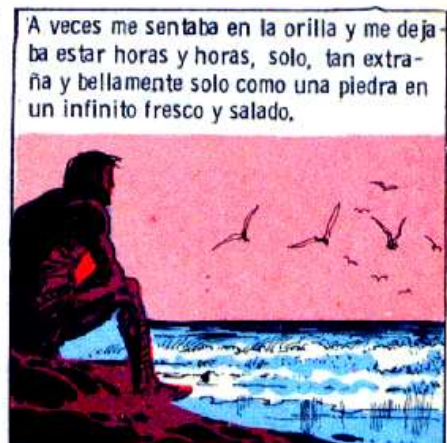
Mi caballo caminaba con lentitud por la orilla del mar, el "Thalassa" de los antiguos, el inmenso desierto de sal y agua donde los misterios de los espíritus nacen y mueren entre los revueltos torbellinos de espuma.



Y yo me dejaba mecer y por ese viento que me curtía la piel, esa mi piel humana, cansada y agotada por mil caminos.



Y el viento era agradable, así como también el trueno inmenso y sin fin del mar y la fina neblina húmeda que flotaba como pendiente del cielo.



A veces me sentaba en la orilla y me dejaba estar horas y horas, solo, tan extraña y bellamente solo como una piedra en un infinito fresco y salado.



Porque estaba feliz con mi soledad allí, menos que una brizna de vida en ese mundo donde todo poder era el trueno inmenso del mar y su sal.



El pescador era un hombre viejo y rugoso, con una red sobre los hombros. Caminaba con pesadez sobre la arena.



Los dioses te protejan, viajero.
Los dioses te protejan, pescador.



¿Vas de paso?

Sí.



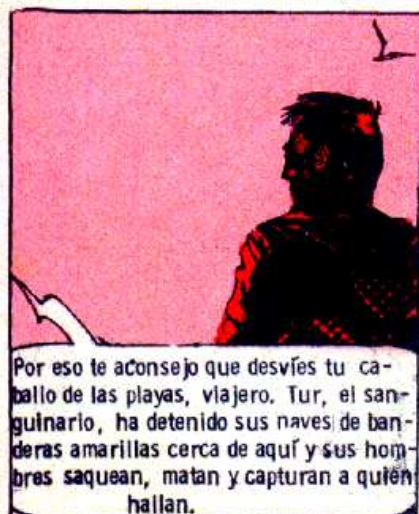
¿Tienes algún rumbo o marchas a la ventura?

Marcho a la ventura.



Entonces desvíate un poco que tal vez sea mejor. Es la época de las incursiones.

¿Qué incursiones?



Pero tu caso es diferente. Eres de gran estatura y tus músculos son enormes. Podrían venderte como esclavo a buen precio.



Decidí no desoír los consejos del anciano y abandonar la playa.

(Allá veo un bosquecillo. Desde ahí otearé el horizonte. Tal vez los vea...



Fue un error. Debí suponer que los piratas habrían dispuesto grupos de vigías en los sitios más adecuados. Y el bosquecillo era adecuado.

Pero...



¡Quieto! ¡No te muevas!



Mis ropas eran de pastor y eso lo engañó y lo hizo confiarse. Al ver correr la sangre de mi querido y feo caballo bárbaro sentí una furia endemoniada...

¡No!



Rodamos por la arena como perros de pelea y lo sentí torpe y débil entre mis manos.

¡Toma!



Mis puños, que son grandes y duros, cayeron sobre él pero al mismo tiempo yo sentía voces y pasos que se acercaban.



Apenas pude esquivar un cuchillazo.

¡Suéltalo!



A pesar de la desesperante situación, sentí un acre placer al enfrentarme con ese grupo aullante y derribarlo a golpes de izquierda y derecha.



Y enloquecí de furia. No quería ser capturado. Y los golpeé con rabia, con golpes de pugilato heleno...

A los que embestían los disloqué con presas de lucha hitita o los pateaba en el rostro.



Uno me saltó sobre la espalda y sentí sus dedos sobre mis ojos. Le mordí las manos con ferocidad y lo oí gritar y soltarme.

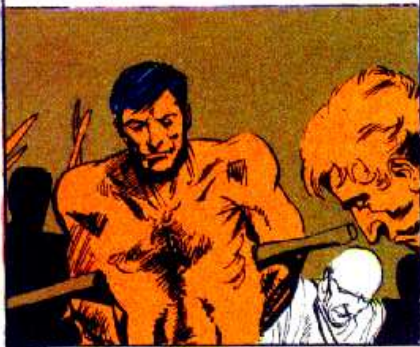


Pero otras manos me sujetaron de los pies y caí en la arena y aullaron de júbilo y sentí sus cuerpos malolientes que se abalanzaban sobre mí.



Así fui capturado y me llevaron a la playa, colgado de un palo como un animal salvaje.

Allí, con una estaca atravesada a la altura de los codos y las manos atadas a la espalda, fui amontonado con casi un centenar de hombres y mujeres también prisioneros.



Al no tener nada que hacer pues mis ligaduras eran perfectas, me dediqué a observar a los piratas y divisé a un grupo en la orilla. Vi una especie de trono y un hombre sentado en él.



No dudé de que era Tur. Su estatura y su poderoso cuerpo lo hacían un caudillo ya de por sí. Además su rostro era inteligente. Pensé que debió ser un hombre de noble cuna en alguna de las ciudades de tierra firme antes de haberse convertido en un pirata.



Cuando oscureció encendieron grandes hogueras y comieron y bebieron. Tirado en la arena que se humedecía con el rocío podía oír sus alaridos y sus risas...



(Pero... ¿son ellos acaso peores que los aventureros de tierra firme?)



(¿Acaso los otros no saquean, roban y matan a las órdenes de Teseo, o de Urukagina?)



(No, Nippur. No son más que perros sanguinarios, pero en realidad no son mucho peores que los que vegetan en las montañas.)

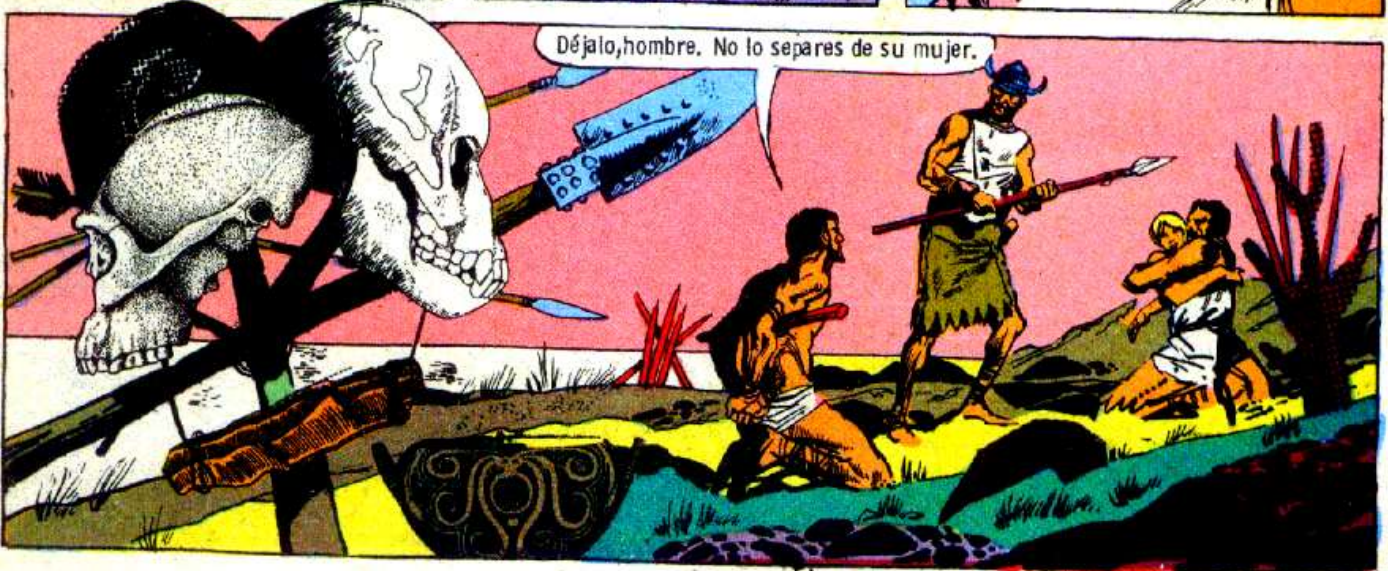


En la mañana, un grupo de aspecto brutal comenzó a separar a los hombres que parecían más fuertes.



Vi a un hombre que se apretujaba junto a su mujer. Los comprendí. Estaban perdidos y sin embargo trataban de demorar un poco más la separación.

(Desdichados...)





¡Te dije que te calles!



¡Cerdo miserable! ¡Aprende a hablar con un guerrero!



Lo perseguí a puntapiés por la arena sin dejarlo levantarse hasta que varios de los ladrones de mar me sujetaron.
¡Ten cuidado con él! ¡Es el salvaje que capturamos ayer!



¡Ahora verás!



¡Quieto! Pero... él me ha...



Ya lo he visto. Y ha hecho bien. Y ha golpeado bien. Pongo a él en lugar del otro. Y no vuelvas a golpear a nadie. No quiero que estropees la mercadería.



Y tú, ¿sabes lo que irás a hacer?

No...



Vas a ser un remero.



Así, fui confinado en la cubierta del barco y encadenado a un banco. Sentí entre mis manos el remo lustroso por el roce de muchas manos anteriores. "Es mi moira. Es mi destino."



(Y contra aquello que es nuestro destino, es inútil luchar.)



Así supe lo que es el remo y esta vez no desde el puente de mando, sino desde el tablón ardiente bajo el sol, con el yodo y la sal que agrietaban mi piel y mis labios...



Mis manos, que yo siempre creí fuertes, se pelaron y sangraron y luego lentamente se volvieron marrones y duras como de piedra.

El monótono tam-tam desde la cubierta superior marcaba el ritmo de nuestros movimientos y un capataz corría de aquí para allá descargándonos latigazos cuando lo creía necesario o simplemente cuando sentía mal humor.



Encadenado al remo perdí la noción del tiempo y los días dejaron de importar. Todo el tiempo era un largo temblor empujando el remo, sentir su resistencia en el agua, enclavijar los dientes y empujar. Y siempre el sol en lo alto.



Nunca nos soltaban, excepto en tierra firme. Dormíamos y comíamos en el banco y también allí debíamos soportar la lluvia o el frío.



Tenía otro compañero en el mismo banco pero un día murió y lo tiraron al agua. Luego trajeron otro...



¿Tú serás mi compañero?

Me costó contestarle. Mi barba y mis cabellos habían crecido y había perdido la costumbre de hablar.



Sí... así es...

Mi nombre es Angidin y soy de la tierra de las jirafas. ¿Cómo te llamas tú?



¿Yo?

Había olvidado mi nombre. Lo comprendí entonces. Había dejado de ser un hombre para convertirme en una parte del remo. Hice un esfuerzo.

Mi nombre es Nippur... Nippur... de Lagash.



El viento sopló fresco sobre mi piel y lo aspiré hasta el fondo de mis pulmones.

Soy Nippur de Lagash. Soy Nippur de Lagash.



Ese día comprendí que el peligro que yo debía enfrentar era mucho más sutil que el de la muerte. Debía evitar en lo futuro el caer otra vez en el estu- por y la pesadez. Y así comencé a repe- tirme continua- mente una y otra vez.

(Recuerda... Eres Nippur de Lagash... Eres Nippur de Lagash...)



Un día Anglín murió y su cuerpo fue arrojado al mar. Mientras encadena- ban al nuevo remero, el capataz me contempló divertido.

¿Tú resistes mucho, eh?



No lo hice por detes- tarlo sino más bien por obligar a mi cuer- po a que ejecutara algo que no hubie- ra sido ordenado por nadie.

¡Augh!



Eso me salvó de la cólera del capataz. Abandonando sus herramientas corrió hacia la borda para contemplar la nave extraña. Esa era mi oportunidad. Tomé una corta y tosca hacha de su cesto y la escondí bajo el banco.



¿Qué haces?

¡Calla! En algún momento trataré de liberarnos.



El capataz se llevó el cesto sin advertir la falta del hacha. Por todo el barco corrían rumores de batalla.



Los latigazos aumentaron junto con el volumen del tambor. Nuestras espaldas se curvaban como arcos sobre los remos y el sudor no nos dejaba ver.



Luego sentí un choque terrible y un coro de alaridos espantosos. Ví como los piratas saltaban a la otra nave.

(¡Ahora! ¡Por los dioses, ahora!)



Dos terribles hachazos y la cadena saltó destrozada.

(¡Soy Nippur! ¡Soy Nippur de Lagash!)





¡Toma! ¡Suéitate tú y suelta a los demás!
¡Tomen armas y ataquen a los perros!

¡Sí! ¡Ahora mismo!



Pero... ¡Te has...!



Su frágil cuerpo humano no fue obstáculo para mis manos acostumbradas al remo y al mar.

¡Aghhhh!



¡Regalo de los dioses! En su cintura llevaba un hacha de batalla. La blandí y ví a los esclavos que se liberaban mutuamente.



¡Cuidado! ¡Los remeros se han soltado!



¡Ahhhh!



Me siguieron como un vendaval blandiendo sus cadenas, tenazas, garfios. Todo era bueno y aquella pesadilla de hombres macilentos y espectrales buscó la batalla como el perro busca la carne.



Desde el otro barco debieron darse cuenta de lo que ocurría. Algunos de los piratas saltaron otra vez de regreso pero hallaron la muerte.

¡Ahhhh!



Y entonces reinó el caos. Los hombres de la otra nave contraatacaron y nosotros saltamos también y caímos sobre las espaldas de los ladrones del mar.

¡Matémoslos!



Fue demasiado. No eran soldados, apenas carroña criminal y al verse atacados por ambas partes se aterraron.

¡Huyamos! ¡Nos matarán!

¡Vi a Tur trazando molinetes con su espada de dos puntas, tratando de reorganizarlos. Pero era inútil.

¡Deteneos, perros miserables!

De pronto me vio. Y me reconoció. No me sorprendió pues así como los leones se reconocen unos a otros, así nos reconocimos él y yo.

Tú hiciste esto, ¿verdad?

Me ref...

Sí, yo.

Entonces lo pagarás. Deberías dejarte morir aquella mañana en la playa.

Fue imprevisto. Uno de los marinos del otro barco surgió a sus espaldas. Vi el brillo de una lanza y...

¡Ahhhhhhh!

Murió de inmediato pues la lanza le atravesó el corazón. Me dio un poco de lástima. Después de todo, me había obsequiado una vez con mi vida.

Te hubiera regalado la tuya, pirata. Alguna vez fuiste un caballero, al fin y al cabo...

Dos horas después terminamos de limpiar las naves de muertos y heridos. No se salvó ningún pirata pues los tripulantes y los esclavos estaban encantados con la muerte.

¿Qué harás ahora? Eres amo del barco. Te consideran su jefe.

Llevaré el barco hasta la Héliade y allí lo vendemos. También hay tesoros en la bodega que los repartiremos entre todos.

¿Por igual?

No. Yo llevaré la mejor parte pues los liberaré. De todos modos, hay mucho.

Entonces adlós, quienquiera que seas. Has salvado mi barco y te estoy agradecido. ¿Tienes algún nombre para darme como recuerdo?

Me acaricié la barba crecida y me prometí un corte heleno en cuanto pisara tierra firme. Luego miré el mar revuelto y las nubes que se amontonaban en el cielo como ovejas locas.

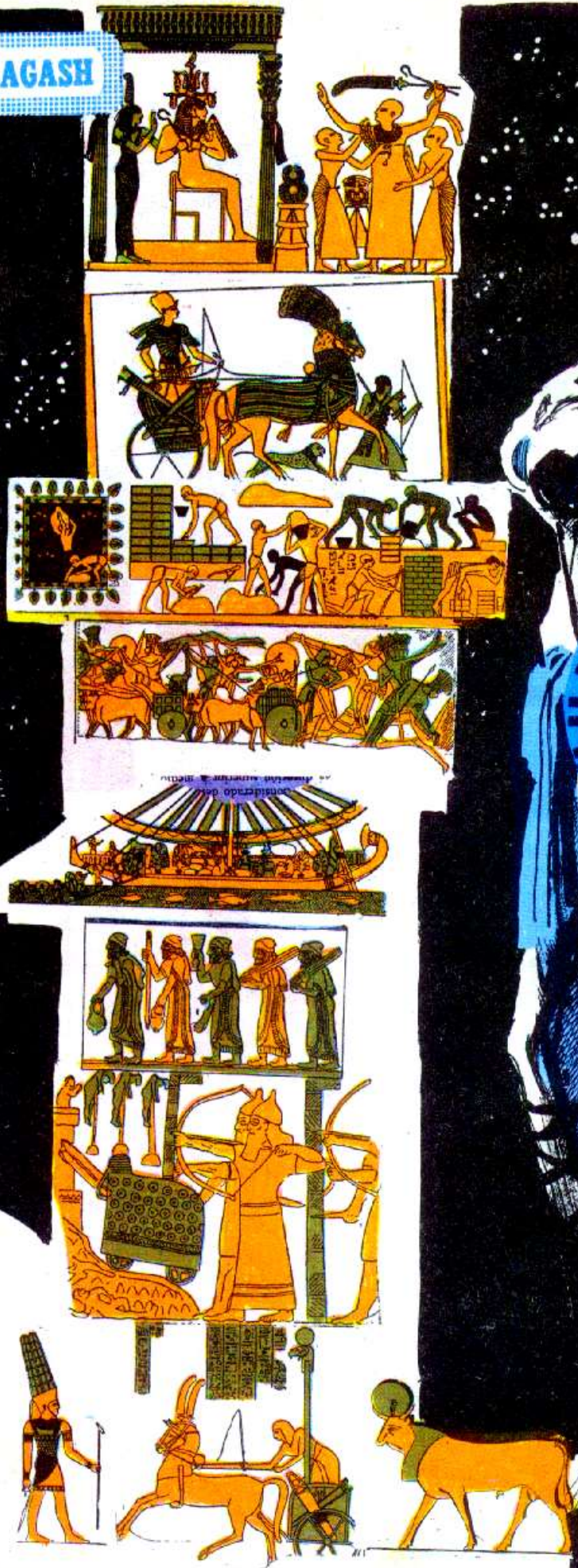
Sí. Tengo un nombre para darte.

Soy Nippur de Lagash. Ahora he vuelto a serlo.

FIN

NIPPUR DE LAGASH

LA FURIA DE LOS DIOS



Por
ROBIN
WOOD

dibujos de
LUCHO OLIVERA

Era bueno para mí pisar otra vez las tierras helenas. Marchaba a lo largo del camino, vestido como cualquier caminante, disfrutando de mi soledad y de la paz del momento. Un viento caluroso mecía los olivares y acunaba mi satisfacción.



Atrás había quedado un año largo de cautiverio en manos de los piratas, nuestra rebelión y la captura del barco sobre cuyo remo rechinaron mis dientes. Atrás...



Llevaba mucho oro en mi bolsa, tras haber vendido la nave con todas sus pertenencias a los marinos de las islas blancas; también una buena espada y un atado de provisiones.



Y ahora marchaba hacia la corte de mi amigo Teseo, rey de Atenas.



(Será bueno volver a verlo.)



Tenia sed de ver caras amigas, de beber una copa, de descansar en la sombra. Hacía ya muchos años que lo único familiar en mi camino era el estruendo de la batalla y el alarido de los muertos.



Y así como el cerdo queda ahito de sobras y lodo, así estaba yo ahito de sangre y de sol.

(Veré a Hipólito y a Fedra...)

(Hipólito... Debe haber crecido mucho. Teseo estará orgulloso de él.)



La vieja estaba sentada a la vera del camino jurgando con un puñado de huesos de gallina. Pasé junto a ella y...



¡Deténte, forastero!

¿Qué te ocurre, anciana?

No sigas hacia Atenas.



¿Cómo sabes que voy hacia allá?



¿A qué otro lugar puede ir un guerrero?

¿Cómo sabes que lo soy?



¡Ja! ¿Quién puede caminar con espaldas tan derechas? ¿Quién se detiene apoyando la mano sobre la espada? No. Tus ropas de caminante no disfrazan el bronce de tu vida.

No vayas a Atenas.



¿Por qué? Tengo amigos allá.



No. Hoy no hay amigos en Atenas.

¿Qué quieres decir?

He oído a los dioses golpeando dentro de la tierra. Sus gritos de horror y de furia eran terribles. He oído la tormenta por encima de los olivos y he visto las piedras rezumar sangre.



¡Mira allá! ¡Mira el rostro de los dioses cómo se oscurece!



Me estremecí. En el horizonte habían aparecido negras nubes de tormenta, pesadas, extrañas. El viento comenzó a soplar más fuerte y un tinte rojizo descendió sobre todo.



Debo seguir.



No vayas. He visto a los árboles dejar caer sus hojas y los peces detenerse muertos en las orillas. ¡No vayas!

No hice caso y me alejé pero el eco de la voz de la vieja mujer y el entrecorchar de los huesecillos me persiguió largo rato.



La tormenta aumentaba su furor. Ahora, una gran oscuridad había caído sobre la tierra y las plantas eran desgarradas por el furor del viento.



(Es mejor que avance por la orilla del mar. De esa manera no me perderé.)



Así lo hice. Pero cuando estuve junto al océano mi corazón vaciló aterrado al ver la furia del mar, negro como la muerte.

(¿Qué ocurre? ¿Qué extraña tormenta es ésta?)



(Debo seguir... Debo llegar a Atenas...)



Una nube de espuma y agua salada caía continuamente sobre mí. Debí envolverme en mi manto y continuar mi marcha trastabillando sobre la arena a la luz de los relámpagos.



Y al chisporroteo de uno de ellos, lo vi.

(Parece... parece un carro.)



(Es un carro de guerra... y está voicando...)



También vi rápidamente media docena de sombrías siluetas que hurgaban aquí y allá, como buitres que picotearan un animal muerto.



(Ladrones...)



Sí. Era un grupo de mendigos que aprovechaba la oportunidad para saquear impunemente.

(¿Qué haré?)



No sonriáis desdeñosamente cuando un guerrero os diga que vaciló antes de enfrentarse a un grupo así. Los mendigos son un extraño y oscuro peligro. En su hedor, sus muletas y sus cuchillos, la muerte hace muecas a los viandantes.



Pero en ese instante vi el cuerpo...

(Pero... Ese joven...)



Estaba tendido sobre la arena con los ojos muy abiertos. Las olas que llegaban hasta él mojaban su cabeza y sus hombros. No estaba ensangrentado.



(Me parece conocer ese rostro..., pero no recuerdo...)



Entonces tomé mi decisión...

¡Eh, vosotros! ¡Basura de la costa!



Se volvieron como hienas en mi dirección. A la luz de los relámpagos parecían demonios de la noche. Jorobados, cojos, tullidos, tuertos... Sus ojos amarillentos me miraban desde su masa de harapos y muletas.

¿Qué quieres?



Este carro y este hombre pertenecen a la corte de Teseo. Teseo es persona de mi aprecio. No dejaré que saqueéis su propiedad.



Un tuerto giboso me sonrió mostrándome su destrozada dentadura.

Vete extranjero. En nuestra debilidad somos fuertes y nuestros dientes de perro pueden matar a un león. Vete.



De un seco tirón desenvainé mi espada.

No. Mejor es que tú y los tuyos pongan distancia entre mi espada y vuestra sangre.



No se asustaron. Se movieron como sombras dañinas y vi el filo de los cuchillos.

Vete, extranjero. De nada te sirve pelear por un muerto.

Me despojé de mi manto y lo arrollé en el brazo izquierdo para defender los puñales. Luego, di un paso hacia ellos.



Dije que no toques más ese carro y ese cuerpo.



¿ De manera que buscas la muerte? Está bien.

Hubo un movimiento rapidísimo...



No pude evitarlo y me golpeó en plena frente...



¡Ahhhh!



¡Es nuestro!

Mientras caía sobre la arena oí el aullido de alegría de los mendigos.



Tal vez eso consiguió mantener viva mi conciencia. - ¡No! ¡Aún no!

Empuñé mi espada con dos manos y avancé descargando terribles golpes, pero mis atacantes saltaban de un lado a otro como perros de caza, esquivándolos.



Me puse de espaldas al carro para evitar que me tomaran por detrás y...

¡Ahora te...!



Golpeé como si fuera para derribar un árbol...

¡Ahhhh!



Esquivé un golpe de muleta a la cara pero lo recibí en la mano y...

¡Ay!



Sentí su insostenible olor a ajos, sudor y vino pútrido. Sujeté su mano armada...

¡Mira mi cuchillo, guerrero!



¡No...!

Lo estrellé contra el carro de la misma manera como matan las águilas a las tortugas.



¡Ahhhh!

Uno me saltó a la espalda y se me sujetó como un mono tratando de hincarme las uñas en los ojos y con los pies hundidos sobre mi estómago.

¡A él!



Es nuestro.

Los otros dos sobrevivientes avanzaron hacia mi cuchillo en mano.



Pero entonces retrocedí con todas mis fuerzas hacia el carro... Hacia la parte donde sobresalía una afilada extremidad de bronce.

¡Ahhhh!



¡Toma!



Me sacudí ese cuerpo muerto de encima y...

(Esto me servirá...)



¡Ahhhh!

Eran dos solamente pero no querían huir. El botín era grande y la codicia vencía en ellos a la prudencia.

El último fue muy rápido y casi lo consiguió. Casi...



Rodamos sobre la arena mojada hasta llegar al agua helada. Forcejeamos por el cuchillo mientras las olas se deshacían alrededor nuestro.



Y de pronto, con una seca toma de lucha hitita le rompí la muñeca.



Lo sujeté del cuello y de un tirón hundí su cabeza en las aguas espumosas.



Más allá los dioses darán cuenta de vosotros. Malo es el que roba a un vivo. Sin salvación es el que roba a un muerto.



Me sentía fatigado y aterido. Busqué mi manto y me envolví en él.

(El muerto...)



Me incliné sobre él. Era muy joven en efecto y su piel estaba helada.

(Tiene el cuello roto... La caída del carro, sin duda.)



(Lo llevaré hasta Atenas. La distancia no es mucha.)



Busqué un manto en el carro y lo hallé. Con él envolví el cuerpo...

(Y sigo encontrando algo de familiar en él...)



Con un último esfuerzo me lo eché a hombros. La tormenta arreciaba. Las fuerzas de las aguas y los aires parecían haber enloquecido. Relámpagos, truenos, torbellinos de agua negra y la arena volando en nubes...



Aspiré hondamente y comencé a caminar. Al paso lento avancé por la playa, dejando atrás el carro de guerra, los caballos muertos y los cuerpos negros con sus garras de muletas y cuchillos.



El camino era difícil. La arena me torturaba absorbiendo mis pies como si quisiera detenerme y el peso del cuerpo doblaba mis espaldas.



(Tengo que llegar.)



La oscuridad era cada vez mayor y varias veces tropecé con las rocas o las aguas... -Tengo que llegar...

Y de pronto lo vi. Apenas unas gotas de luz. Sentí un calor súbito dentro de mí.



(Atenas.)



¡Alto! ¿Quién es?

Me sorprendió el aspecto de las guardias. Cuando me vieron aparecer con el sombrío bulto sobre los hombros, parecieron a punto de echarse a correr.



Soy un amigo del rey. Deseo verlo.



Síguenos.

No preguntaron más. Atenas estaba a oscuras. Apenas si algunas antorchas titilaban débilmente.

El palacio también estaba a oscuras. En alguna parte oí sollozar a alguien. Intrigado me volví al guardia.



¿Qué ocurre?



Hoy es un día nefasto. ¿No ves la furia de los dioses? La mujer del rey ha muerto. Se dice que murió de remordimientos por algo muy grave...

¿La mujer? ¿Te refieres a la princesa Fedra?



En efecto.

Me detuve vacitante un momento. Fedra había muerto. Luego...

Pero... ¿por qué debían estar furiosos los dioses?



Hubo una gran pelea hoy entre Teseo e Hipólito, su hijo. Hubo insultos...

Luego, Hipólito abandonó el castillo furioso y Teseo lo maldijo.

¿Lo maldijo? No puede ser...



Sí. Pidió a los dioses que lo castigaran. ¿Comprendes, Yorastero? Pidió a los dioses que lo castigaran. Y los dioses desataron su furia contra todos los Eréctidas. Contra el rey también.





Me pareció mucha tontería reunida y lo achiqué todo a la soldadesca supersticiosa. Y en ese instante entré en la sala del trono.

Y me encontré frente a frente otra vez con mi amigo. Aquel con el cual compartí guerras, amores, muertes. El matador del Minotauro...

¡Nippur!



¡No puedo creerlo! ¿Tú, aquí...?

Yo.



En ese momento vio el bulto.

¿Qué es eso?

Un muerto. Lo hallé a orillas del mar. Llevaba distintivos de tu corte. Por eso lo traje. Volcó con su carro de guerra y el golpe lo desnucó.



Una palidez marmórea cubrió el rostro del rey heleno y retrocedió un par de pasos.

Un muerto.



Sí. Mira.



Hubo un silencio muy largo y varias antorchas se apagaron. Desde afuera llegaba el rumor del trueno...

¿Sabes quién es?

No.





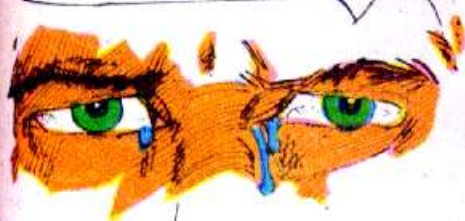
Es Hipólito, Nippur. Es mi hijo.

¿Hipólito?



Sí. Mi hijo. Mi hijo, a quien maldije hoy.

Sabes que Hipólito era hijo de mi mujer anterior, muerta hace muchos años. Luego me desposé con Fedra que era casi una niña. Ella se enamoró de Hipólito y un día se lo confesó. El, espantado, huyó de ella. Era un hijo ejemplar.



Los dioses han traído la noche sobre Atenas. Abajo, yace el cadáver de mi esposa Fedra. Aquí, el cadáver de mi hijo.



Entonces, Fedra despechada quiso vengarse y me corroyó con mentiras. Y yo le creí. Insulté a mi hijo. Y lo maldije...



¿Qué ocurrió?

La ira. Sí. Mi ira estalló hoy como una fogata. Hoy maldije a mi hijo porque me mintieron y yo creí a la mentira antes que a él. Fedra amaba a Hipólito.



Y ahora, hace pocas horas, antes de la tormenta, Fedra murió... pero antes me dijo la verdad... Me había mentado... Mi hijo me fue siempre leal... Mi hijo... Mi hijo que ahora está muerto.

Me aparté de él y llegué hasta uno de los ventanales de piedras y mire al exterior. La tormenta era cada vez más furiosa. Y pensé. Y recordé cuando este mismo hombre destrozado y yo éramos jóvenes y valientes y alegres...



Tan lejos parecía todo. A mis espaldas oía los sollozos roncocos de Teseo...



Un terrible golpe de viento apagó las pocas antorchas que quedaban encendidas...



FIN

LEYENDA DEL REY QUE MUERE

Por **ROBIN WOOD**



DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

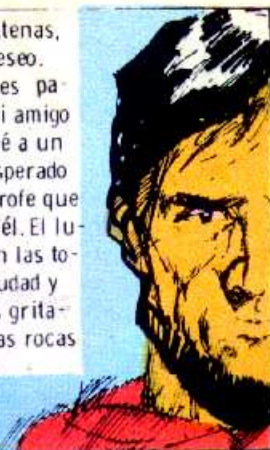
Quando yo era joven, los caminos hablaban para mí y su polvo y sus rocas murmuraban al pasar las extrañas leyendas que se forjaron en ellos desde los tiempos inmemoriales. Cuando yo era joven...



Pero ahora es diferente. No es la vejez del cuerpo la que me ha alcanzado sino la del corazón. Me siento solo y el polvo del camino es tan solo polvo para mí y el estampido de las ruedas de mi carro de guerra ya no me sueña a música. Apenas si es ruido.



Atrás queda Atenas, atrás queda Teseo. Viagé por mares para visitar a mi amigo pero sólo hallé a un hombre desesperado ante la catástrofe que cayera sobre él. El luto flameaba en las torres de su ciudad y los fantasmas gritaban junto a las rocas del mar.



Por eso viago en un carro de guerra hacia alguna parte que no conozco. Busco algún rincón donde poder descansar mi espíritu. Me siento viejo. Me siento solo.

Viajaba durante el día y durante la noche descansaba y todo era tan diferente a años anteriores. Cuando recostaba mi cabeza sobre el petate a la noche miraba las estrellas inmóviles en el cielo. Yo, inmóvil en la tierra. Y también frío y sin vida.



Así llegué a las regiones de Pannalos, donde en otra época dos robustos hombretones de risa fácil y paso fuerte vagaron sin preocupaciones: Ur-El y yo. ¡ Hace tanto... Casi parece un sueño. ¡



En ese instante vi a la multitud que cerraba el camino.

¡¿Y eso?!



Detuve mi carro al ver que nadie se apartaba y los contemplé intrigado. Eran gente de pueblo de aspecto común pero con un aire sombrío y decidido en sus facciones. ¿Qué ocurre? ¿Por qué no me dejáis pasar?

Nadie me respondió. Rodearon mi carro y se apoderaron de las bridas de mis caballos. Vagamente alarmado coloqué mi mano sobre el hacha de guerra que llevaba enganchada en el portalanzas.



(Debo preca-
verme.)

Pero nadie alzó una mano contra mí. A decir verdad, me trataron con casi diría adoración. Como algo que ni se atreverían a tocar.

¡No entiendo. ¿A-dónde me llevan?!



De pronto abandonamos el bosque y ante nosotros se extendió una ciudad blanca y vacía. Sólo alguno que otro niño de corta edad deambulaba de aquí para allá.



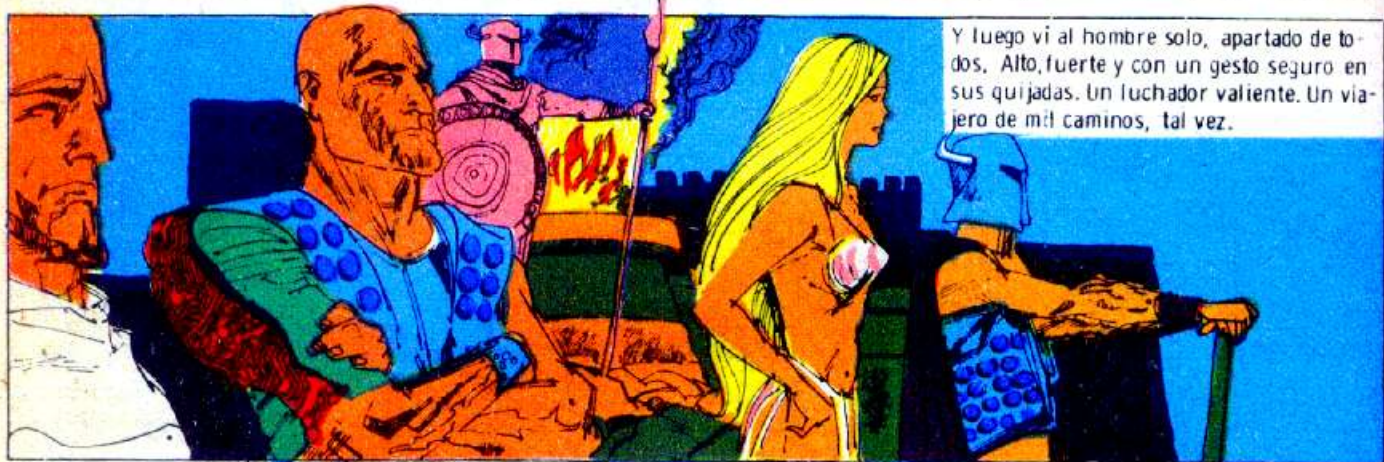
La atravesamos en un silencio solamente roto por el retumbar de las ruedas de mi carro sobre las piedras de la calle y por el rumor monótono de los pasos de la multitud.



Y desemocamos en la plaza. Una gran plaza circular, en uno de cuyos extremos vi un palacio... y numerosas mujeres y soldados...



Y luego vi a la mujer. No me costó mucho darme cuenta quién era:



Y luego vi al hombre solo, apartado de todos. Alto, fuerte y con un gesto seguro en sus quijadas. Un luchador valiente. Un viajero de mil caminos, tal vez.



Bienvenido, extranjero. Yo soy Selene, reina de país de Panalos.

Mi nombre es Nippur. Me llaman el Hombre de Lagash o El Errante.



— ¿Por qué me habéis traído aquí?

Debes luchar contra el rey.



¿Luchar contra él? ¿Por qué?

Es la tradición. El rey vive durante un año. Luego debe luchar por su trono y por su vida con el primer forastero que venga por el camino, sea quien fuere. Si vence vivirá un año más, si no, no...



¿Y si me niego a luchar?

Serás sacrificado. Y esperaremos otro forastero.



Veo que no tengo opción.

Es la voluntad de la ciudad.



¿Con qué armas lucharemos?

Con las que te ha provisto la madre. Las manos.



Nada me quedaba por hacer. Me desembaracé de la armadura y me envolví los antebrazos con tiras de cuero. El rey me esperaba en el centro de la plaza con gesto distraído.



Avancé a su encuentro. Ya había dejado de pensar. Todo estaba dicho y preparado y todo había escapado al control de mis manos.



¿Estás listo?

Sí.



Era un luchador experto. Me embistió de un salto y de no haberme echado a un costado, su puntapié me hubiera hundido el pecho.



Lo aterré de la cabeza y lo pateé en el vientre pero consiguió detenerme con un antebrazo.



Rodamos por el suelo, golpeándonos. Sentí sus dientes en mis hombros y lo golpeé con la rodilla.



Nos separamos mientras no cesábamos de mirarnos. Teníamos miedo. Ninguno de los dos quería morir y solamente podría sobrevivir uno. Había un hombre condenado a muerte en esa plaza.



Cometió un error esta vez al atacar. Conseguí engancharlo en una toma de lucha helena y lo derribé al suelo.



Ya era mío. Lo sujeté del cuello y doblé hacia atrás su espalda empujando con la rodilla. En ese momento odiaba a la gente que nos rodeaba. Esa gente que nos había sacrificado a ambos.



Por ello murmuré a su oído:

¿Debo hacerlo?

Sí. Es la tradición de ellos.



Entonces librame de culpa en esta muerte. Perdóname tu sangre.

Yo te perdono, amigo.



Reuní todas mis fuerzas y tiré violentamente.

¡Ahhh!



Me puse de pie, sobreviviente bajo el sol amarillo mientras la multitud sombría comenzaba a sonreír. Luego alguien me victoreó.



Pocos instantes después toda la plaza era una tormenta de gritos y flores. La reina llegó junto a mí.

Has luchado bien y has ganado tu corona. Mañana serás unguido y te convertirás en nuestro representante ante los dioses.

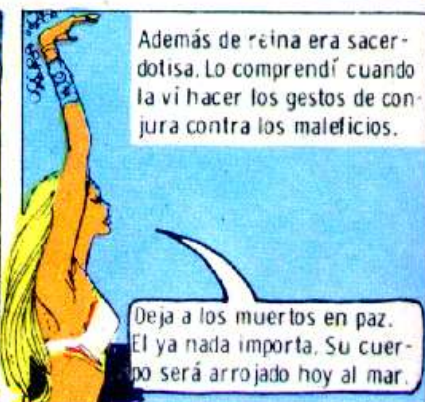


Miré al centro de la plaza, donde el cuerpo sin vida de un hombre a quien nunca conocí y que sin embargo durante un segundo fue mi amigo, yacía olvidado por todos.

Siento algo de espanto al ver ese muerto.



Siento una premonición de muerte... Pagaréis por esa vida. Ese sacrificio ahogará tu ciudad.



Además de reina era sacerdotisa. Lo comprendí cuando la vi hacer los gestos de conjura contra los maleficios.

Deja a los muertos en paz. El ya nada importa. Su cuerpo será arrojado hoy al mar.



No. Fue un guerrero. Seguramente llegó aquí por un camino como lo hice yo. Lo enterraré entre las rocas y le sacrificaré dos bueyes por su descanso. Es mi voluntad.

¿Tu voluntad?



Advertí su extrañeza y me pregunté si sería yo el primer rey que expresaba una voluntad pero lo olvidé. Fui hasta el cadáver y lo alcé en mis brazos.

Ven, compañero.



Que alguien me indique dónde puedo sepultarlo. ¡Rápido!



En los días siguientes descubrí que el título de rey que yo llevaba no era más que eso. Un título. Yo nada tenía que hacer en la ciudad. Mi presencia no era requerida para nada.



No tardé en comprender que en el país de Panalos el rey era sencillamente el depositario de la suerte y la desgracia del pueblo. Si no llovía era culpa del rey, si los corderos no se reproducían, si las vides no maduraban, era culpa del rey. Y entonces se esperaba con ansia la llegada de la fecha en que un forastero eliminaría a aquel que no era grato a los dioses.



(Yo... No...)

De esa manera vivían los reyes y de esa manera morían. Eran simplemente piezas de sacrificio para calmar a los dioses y a la cobardía del pueblo que no era capaz de responder personalmente por sus culpas.



(Yo no seré un buey de sacrificio.)



Mi nombre es Nipur y una vez viví en mi ciudad de Lagash. Maté hombres cuya memoria no conservo y desdijé coronas y mujeres. Y ahora no iba a dejar que hicieran conmigo lo que quisieran.

(Nunca.)



La ciudad de Panalos tenía un mandato dividido. Por un lado, la reina Selena impartía justicia y controlaba la economía. Y por otro...



... su hermano Artamasos era amo y señor del ejército. Un hombre corpulento, de andar bamboleante y fríos ojos de carnicero.



¿Te sientes feliz, rey de Panalos?

No soy el rey sino el buey expiatorio de Panalos.



¡Hah! Te tomas las cosas demasiado a pecho. Tu antecesor nunca se preocupó de esas pequeñeces.

Y ahora está muerto.



Era inútil que yo intentara fugarme. Los hombres de la ciudad me hubieran perseguido hasta cualquier extremo del mundo. Yo era su ofrenda a los dioses.

Acompañame al jardín, Nippur.



Se avecina para nosotros una gran lucha. ¿Lo sabes?

Tengo entendido que vais a invadir la tierra de los hombres libres que viven de la pesca.



¡Hombre libres! ¡No son otra cosa que bárbaros que no son de utilidad para nadie!

Son útiles para ellos mismos. Cultivan su libertad.



¡Tonterías. Necesitamos esclavos para nuestra ciudad y para nuestros cultivos. Eliminaremos a los que se resisten y haremos prisioneros a los demás. Nosotros tenemos soldados. Ellos no los tienen.



Tal vez, pero no los subestimes, Selene. El hombre que lucha por su libertad es un hombre que no teme a nada. Ten cuidado.



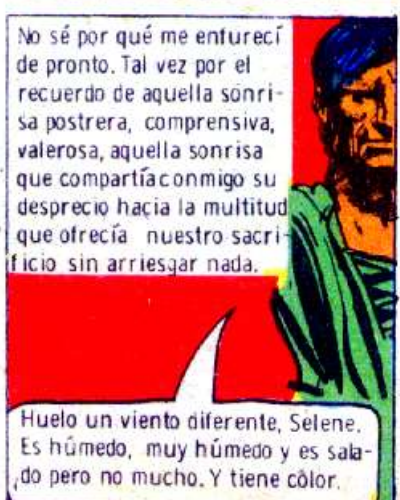
Observó la plaza que parecía blanca bajo los rayos de la luna. Blanca y enfermiza.

Ten cuidado. No olvides que tu ciudad debe una sangre que aún no ha pagado.



¡Era su destino!

No. Fue tu pueblo y fuiste tu quien lo sacrificó.



No sé por qué me enturecí de pronto. Tal vez por el recuerdo de aquella sonrisa postrera, comprensiva, valerosa, aquella sonrisa que compartía conmigo su desprecio hacia la multitud que ofrecía nuestro sacrificio sin arriesgar nada.

Huelo un viento diferente, Selene. Es húmedo, muy húmedo y es salado pero no mucho. Y tiene color.



Un terrible e inesperado golpe de viento estalló en ese momento y las antorchas del palacio se apagaron.

Color rojo... Color sangre.

Cállate, Nippur y déjate de invocar a los demonios.



Sujeté su mano y la arranqué de mi hombro sin apartar mi vista de sus ojos de carnicero.



No me toques, Artamosos. Tal vez los reyes aquí sean poca cosa, pero no olvides que antes que rey aún soy hombre.

No le gustó que lo desafiara pero tampoco le importó. Sabía que lo hubiera podido matar incluso con las manos desnudas. Pero también sabía que el tiempo se encargaría de mí.



Tus deseos son órdenes.

Pero... ¡No!



Un mes más tarde el ejército de Panalos estaba listo para marchar contra los hombres de las orillas del mar, que en esos momentos, ignorantes de todo, arrojarían sus redes a las aguas verdes donde los duendes benévolos las llenarían con peces de sal y de plata.

Tú quedarás encerrado en esta torre, Nippur.



¿Por qué?

Me sonrió secamente y hubo un reflejo rojizo en sus ojos de carnicero.

Si la batalla nos fuera adversa es señal de que los dioses no están satisfechos con nosotros... Y tendríamos que llevar a cabo un sacrificio.



Comprendo.



Encerrado en mi principessa cárcel, oí el estruendo del ejército que se ponía en marcha. No dejé de advertir que los sirvientes que me rodeaban eran de hercúlea complexión y que iban armados.

(Son sirvientes..., y también son carceleros.)



La reina cenó conmigo y pude ver que no estaba muy tranquila. El silencio de la ciudad semivacía la asustaba. Muchos fantasmas debían deambular por las calles.

Desearía ir mañana a cazar, Sefene.

Es imposible.



Hasta que regrese el ejército debes estar aquí, dispuesto para cualquier emergencia. Así debe ser.



Pero decidí que había llegado el momento de actuar. Ellos habían olvidado que yo era un ser capaz de obrar por mi propia decisión. Yo no. A la noche quedaba un solo guardia en mi cámara y una veintena a las puertas...

(Ahora debe ser.)



¡Eh, tú! Ven.

¿Señor...?



Toma esto.

¿Oué...?



Lo siento, soldado. ¡Eres tú, o yo!



Por fin dejó de debatirse...

No debes quejarte. Fuiste un vulgar soldado en vida. En cambio eres un rey en muerte.



Me coloqué sus ropas y me acerqué a la puerta. La cámara no tenía ventanas desde la cual pudiera intentar huir.

(El relevo no ha de tardar.)



En efecto, no tardó. Cuando entró, me eché el manto del muerto al cuello de manera que me ocultara el rostro lo suficiente, sin llamar la atención.



Vete, Zaxas, o te quedarás sin comer.

Por suerte había poca luz en los corredores y al pasar por entre los soldados ninguno me detuvo. Así llegué hasta la calle.

(Iré al establo. Allí encontraré animales.)



Allí encontré mi carro de combate y eso me alegró. Le uní caballos y envolví sus ruedas en trapos para que no retumbaran. Luego salí a la calle.



Todo estaba desierto y nadie me detuvo. Ascendí así hasta lo alto de una gran elevación rocosa desde la cual podría echar un vistazo final a la ciudad.



Y entonces, desde lo alto, los vi...

(Parecen jinetes que entran en la ciudad.)



Sé reconocer a los fugitivos y pese a la distancia distinguí a la silueta bamboleante que entraba a la carrera en la torre.

(Artamasos...!)



(Ha ocurrido lo que nunca esperaron. Han sido derrotados y han venido a buscar la presa que expíe sus errores.)



Vi las antorchas que corrían como locas estrellas de fuego por la ciudad. El viento me trajo gritos alarmados y espantados.

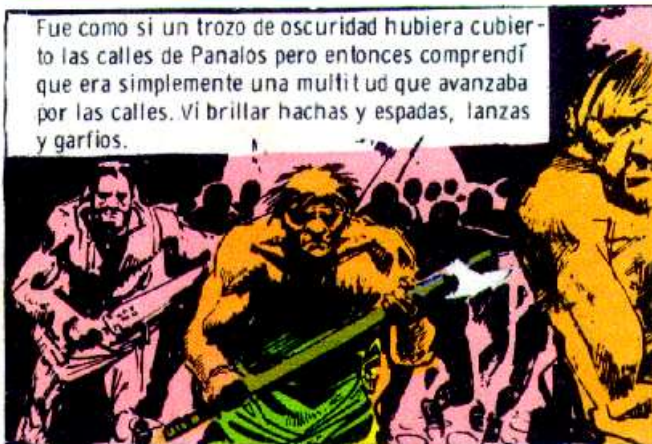
(Ya lo saben. Ya saben que esta vez deberán enfrentar ellos solos su responsabilidad humana.)



(¿Y aquello?)



Fue como si un trozo de oscuridad hubiera cubierto las calles de Panalos pero entonces comprendí que era simplemente una multitud que avanzaba por las calles. Vi brillar hachas y espadas, lanzas y garfios.



(¡Los hombres de las orillas del mar!)



Lancé mi carro como un trueno cuesta arriba hasta llegar al linde de la ciudad. No sé por qué lo hice. No lo sé aún hoy. Allí me detuve.

(Nada se puede hacer.)



Trepaban por los tejados y por las torres como un enjambre de hormigas silenciosas y mortíferas. No lanzaban gritos de guerra ni injurias. Eran hombres simples que habían venido a terminar con una plaga.



Algunas casas comenzaban a arder. Escuché el primer grito...



Vi a Artamasos salir corriendo empujando dos espadas.

¡Alto, vosotros! ¡Perros pescadores!





No hubo crueldad inútil. Eran hombres que querían terminar rápido para volver a sus chozas y a sus redes.



Ví la torre envuelta en llamas, negra y roja mientras el humo, espeso como barro, subía perezosamente al cielo. Y en una ventana...



Selene en la torre... Ví las llamas que envolvían todo. No tardó el humo en ocultar bajo su manto negro el palacio, la torre, las vidas...



Y en la revuelta calleja el cadáver de Artamasos. Algún pescador había recuperado la red. La red es importante. La necesitaban para trabajar. Para cosechar sus peces de sal y de plata.



La ciudad tenía una sangre que pagar y los dioses no son benévolos con los deudores...



Dediqué un pensamiento al hombre que fue mi amigo un segundo y que me exonerara de su sangre. No quise pensar en la ciudad. Ya no había ciudad. Todo era fuego. Todo era nada.



De pronto vi varias figuras que me contemplaban. Pescadores curtidos de rostros graves y tranquilos, apoyados en sus lanzas. Uno de ellos me preguntó:



No. Fui prisionero en ella.

Vete entonces. No es una buena noche para estar aquí. Es una noche que luego intentaremos olvidar. Vete.



NIPPUR de LAGASH

EL CUERVO

Por **ROBIN WOOD**



Dibujos de **LUCHO OLIVERA**



El color del humo puede tener un símbolo en su esencia. Blanco, humo del descanso, de la hoguera bienhechora tras el largo camino. Gris, humo de señal, voz muda de la madera y del pasto verde que se alza hacia el cielo en grito de aviso. Detente. Avanza.



Negro, color de muerte, de desolación, de tierra arrasada y de pupila inmóvil.



Y era negro el humo de ese caserío. Negro el humo, cuando yo me acerqué.



Niños, mujeres, hombres. Todos mezclados y revueltos en su fin común y atroz. Aquí y allá el humo y por todas partes la risa cloqueante de la muerte...



(Todos han sido muertos. Ninguno fue perdonado ni capturado como esclavo...)



(Hasta mataron a los animales...)



(¿Cuándo acabaré de ver estas cosas? ¿Hasta qué punto alcanza la crueldad del hombre? A veces, creo que la sangre y las lágrimas rezuman de las piedras y del pasto. Locura...)

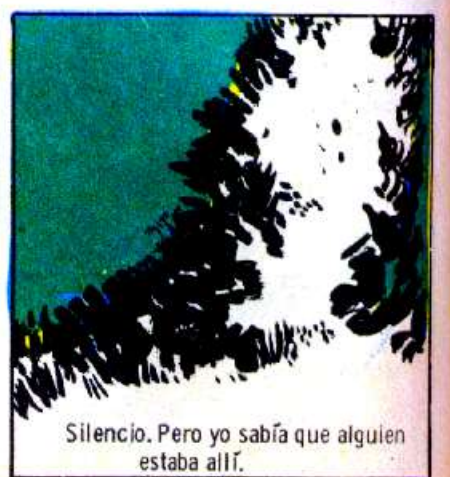


(Hay alguien...)

El ojo de un guerrero debe estar siempre alerta. El temblor de un matorral, el vuelo de un pájaro, todas son palabras que hablan de nuestro instinto. Dedos que señalan a alguna parte diciendo: cuidado.



Sea quien fuere el que está oculto tras ese matorral que salga. De lo contrario atropellaré con mi carro y lo arrollaré todo.



Silencio. Pero yo sabía que alguien estaba allí.



¡Sal! ¡Por última vez te lo digo!



Aquí estoy.



¡Por Samás! ¿Quién eres tú?

Mi nombre es Lebenem y pertenecí a este pueblo hasta hoy.



La piven tiritaba de frío, de manera que descendí del carro y la envolví con mi manta de piel.

Ven. Encenderemos una hoguera para que te calientes. Te daré algo de beber.

No enciendas fuego. No...



¿Por qué?

Los hombres negros del Cuervo lo verían y vendrían aquí como perros a buscarnos. No lo hagas.



¿Quién es el Cuervo?

No lo sabemos. Vino hace mucho desde más allá de las montañas hablando un idioma desconocido y acompañado por un centenar de guerreros de piel color de madera quemada, que se adornan con huesos y calaveras.



Señaló con su brazo hacia el norte...

Allí edificó sus casas con piedras y las rodeó de fosos y estacas afiladas y luego trajo esclavos. Tenía un nombre intraducible y lo llamamos el Cuervo porque sus correajes son negros y tiene la cara y el genio de los comedores de carroña.



Por un tiempo no pasó nada. Vivía en su fortaleza y trajo a una mujer rubia y de cara triste y a su hijo también de cara triste. Ella murió...



El Cuervo se volvió peor de lo que era en carácter. Sus hombres comenzaron a molestartos y eran rápidos para solucionar todo con sus cuchillos y con sus hachas. Hubo muertos.



Los campesinos protestaban y hubo más muertos. El Cuervo reclamó tierras y mató a los que las ocupaban. En este valle éramos gente de paz y no sabíamos qué hacer. Por fin decidimos que el Cuervo debía morir.



El acostumbraba ir al frente de sus guerreros negros y por ello preparamos una emboscada. Enviamos un falso delator para que lo atrajera junto a unas grandes rocas, lejos de sus viviendas. Habíamos preparado una avalancha.



Calló un momento. Luego...

Los dioses se rieron de nosotros. No sabemos por qué. El Cuervo no quiso venir y envió a su hijo. No lo supimos y provocamos la avalancha.

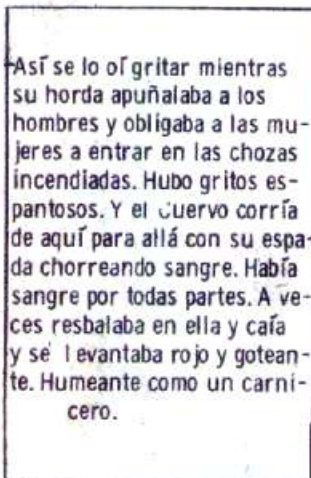


¿Murió el muchacho?

No, las rocas le rompieron las piernas y la espalda. Dices que sus dolores son tan atroces que grita sin cesar y sus gritos enloquecen al Cuervo.



¿Por eso hizo esto?
Sí, pero es sólo el principio. Arrasaré todo el valle.



Así se lo oí gritar mientras su horda apuñalaba a los hombres y obligaba a las mujeres a entrar en las chozas incendiadas. Hubo gritos espantosos. Y el Cuervo corría de aquí para allá con su espada chorreando sangre. Había sangre por todas partes. A veces resbalaba en ella y caía y se levantaba rojo y goteante. Humeante como un carnicero.



-Basta. No pienses más...

No puedo evitarlo. Mi madre, mi padre, mis hermanos. Todos ellos eran parte de ese charco en el que el Cuervo se revolcaba como un cerdo.



¿Qué piensas hacer?

No sé. No soy más que una pobre mujer, pero me vengaré. Oh sí, lo haré. El Cuervo graznará de horror algún día por mí, lo juro.



Lo juro por los dioses malditos que viven en los campos estériles y en los mares envenenados; lo juro por los hijos de la noche que ríen junto a los sepulcros. Por todos ellos: lo juro.



¿Tienes amigos? ¿O parientes?

No. A nadie.



¿Puedo llevarte a alguna parte?

No. Buscaré algunas ropas en el pueblo. Luego creo que sé lo que haré.



¿Tienes alguna idea?

Quizá...



¿Puedo ayudarte?

No, extranjero. Ya has hecho suficiente por mí. Sigue tu camino. Yo tengo una tarea que cumplir y tu presencia no me ayudaría en nada. Tal vez sólo me dificultaría.



No entiendo...

No hagas caso de mis palabras; solamente, déjame sola. Vete y que los dioses te acompañen.



No me agrada dejar a una mujer abandonada de esa manera pero no tuve opción. Fue inútil preguntarle nada pues cerró su boca y no volvió a hablar de manera que al amanecer subí a mi carro y la saludé y me fui, dejándola de pie junto a sus ruinas humeantes y al barro rojizo y los buitres que bajaban en círculos.



Encontré más pueblos destruidos, pruebas agrias de la furia del amo de los hombres del país de las jirafas. A veces tropezaba con los cadáveres de un hombre clavado en un árbol o con el cuerpo de una mujer tirado entre los arbustos.



(La locura está prendiendo en el alma de ese hombre, con un nombre tan bien puesto...)



¡Socorro!



¡Arre, Sandal! ¡Arre, Bibos! ¡Alguien grita!



El joven estaba de espaldas, contra un árbol, y los tres negros trataban de matarlo con sus espadas de anchas hojas. Guerreros corpulentos y sucios, sudorosos, adornados con pulseras y pieles de animales, huesos y amuletos. Grité.

¡Alto! ¡Carroña, aquí está el hombre de Lagash!



¿ Vas a defender a este sembrador de estiércol, extranjero? Somos más y más hábiles en nuestras armas.

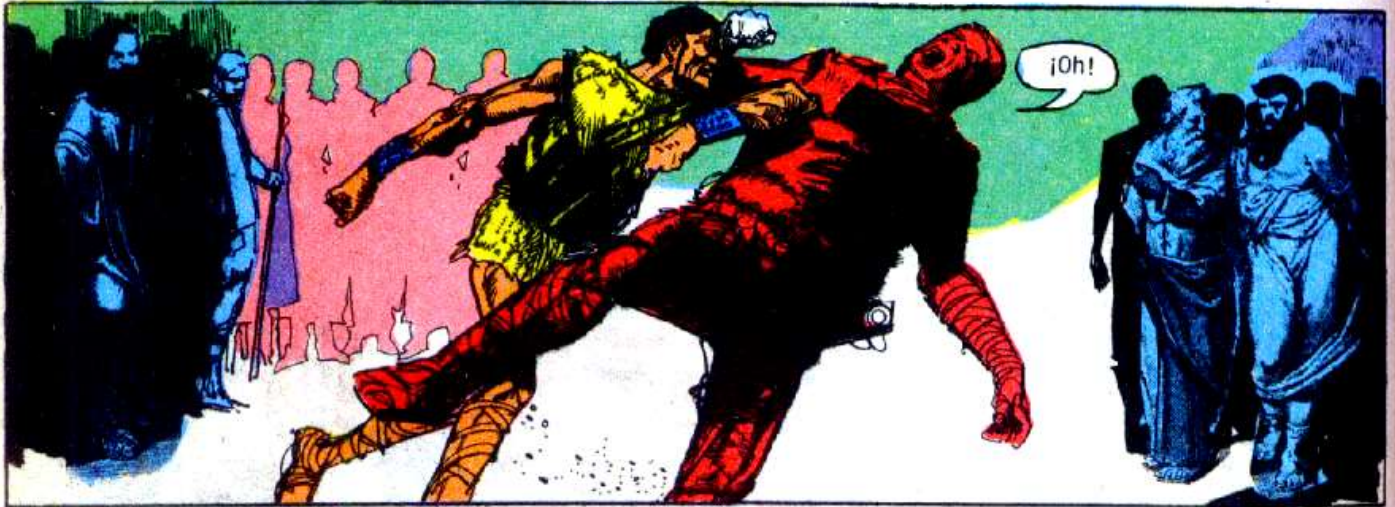


Había visto muchos pueblos quemados y mucha gente muerta. Empuñé mis dos espadas a la manera sumeria y bajé del carro.

Sí, voy a defenderte.







Hay un viejo que lleva ganado al Cuervo. El nos podrá informar. Esta noche podríamos ir a verlo.



Muy bien. Iremos a verlo tú y yo, Gigaltos. Esta noche.

En plena oscuridad llegamos junto a una mísera choza de pastores, Hacía frío y el pasto estaba empapado de rocío helado.



¿Es aquí?

Sí. Entra.

Cuando abrí los ojos supe que estaba perdido. Aquellos ojos abolsados y ese rostro sólo podrían pertenecer a una sola persona.



Veo que parece reconocerme, extranjero.

Oí hablar de tí.



No veo nada...



¡Mira esto si puedes!

¡Ah!



Yo también. Gigaltos me contó de tu gran actividad instruyendo a los hijos de los bueyes para que puedan luchar contra mí.

¿Gigaltos... es tu espía? Ya veo.



No. Comenzó a serlo desde que tú lo apareaste. Es un miserable que sueña con llegar a ser alguien. Había comenzado a serlo cuando apareciste tú. Cuando comprendió que no debía esperar nada por allí, se volvió hacia mí.



Lo he recompensado dándole un premio digno de él. Mira detrás tuyo.



El que traiciona una vez, traiciona dos veces. Yo no le daré esa oportunidad.



En ese instante se abrió la cortina que cubría la boca de entrada al sótano y unos pasos livianos descendieron sobre las piedras. El Cuervo sonrió...



¡Ah! ¿Eres tú, mi amor? Acércate. Aquí tengo otro de estos héroes que quieren echarme del mundo de los vivos.

Se acercó a él y me contempló como si jamás me hubiera visto hasta entonces. Luego...



Necesito que me facilites aceites. Sirkos está sufriendo mucho.

Sirkos. El joven aplastado por las rocas. El Cuervo frunció el ceño y asintió con la cabeza.



¡Sí, vamos. Luego ajustaré cuentas con este perro.



Quedé solo en el sótano con el cuerpo bambolean-te de Gigaltos observando la boca negra de la entrada, las paredes sucias y negras de humo.

Pasó un largo instante, largo de ilusión y de duda porque en la timiebla de aquel foso de horror nada era palpable como no fuera mi miedo.



(¿Qué será de mí?)

Y de pronto sentí algo que movía mis ligaduras, luego un chasquido de cuero cortado y...



¿Quién es?

Calla.

Soy yo, Leberiem'. Ten cuidado ahora. Soltaré tus manos. No calgas...



El dolor de sentir mi sangre corriendo otra vez libremente me hizo gritar. Me masajé con fuerza...

No entiendo, ¿qué haces aquí? ¿Y con el Cuervo, nada menos?



Una vez te dije que no hicieras preguntas. Ahora toma esta espada y este cuchillo; no he podido conseguir otras armas.



¿Qué debo hacer?

Espera, la respuesta vendrá por sí sola.

Antes de que pudiera preguntar más volvió a irse, dejándome en la oscuridad con las armas en las manos.



Así lo hice. Me agazapé junto a la entrada, listo para atacar al primero que intentara penetrar y esperé.



(¿Y eso? Parecen gritos...)

Eran gritos, confusos, sordos pero inconfundibles. Una claridad rojiza parpadeó en la entrada del sótano.



¡Eso es fuego! ¡Debo ir afuera!

Salí al exterior y estupefacto vi a la horda que yo adiestraba en la montaña-escalando muros, luchando en los patios y en los techos...



Un negro corrió hacia mí...



¡Ahhh!



¡Muere!



¡Ah!



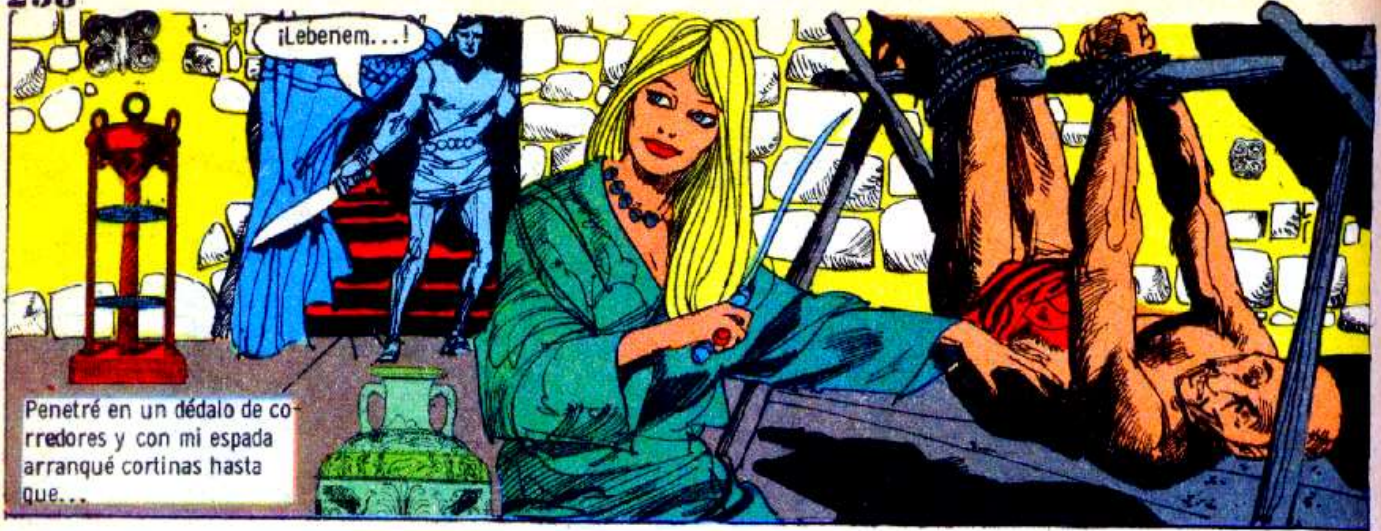
El Cuervo... Lebenem...



Corrí hacia las grandes escaleras de piedra que llevaban a las estancias del Cuervo. Dos negros quisieron detenerme...



¡Ah!



¡Lebenem...!

Penetré en un dédalo de corredores y con mi espada arranqué cortinas hasta que...



El Cuervo estaba atado de pies y manos y tenía un gesto de estupor tatuado en su rostro de ave de rapiña. Sentada en un taburete cerca de él, Lebenem empuñaba un cuchillo.

Veo que has dominado al Cuervo...

Sí, le di un jugo de hierbas que lo durmió profundamente y lo até. Ahora está a mi merced.

¿Y el hijo?

Murió. Es otro pecado de esta fiera, porque era bondadoso y triste y fue su padre el que lo empujó al sendero en que acabó. Hace apenas una hora que murió, como si hubiera adivinado lo que sobrevendría.



¿Y ahora qué harás?



Sus ojos helados me miraron por encima del filoso cuchillo y oí el gemido de terror del Cuervo.

Déjame sola. Tengo una promesa que cumplir.



Estuve un segundo en silencio, meditando; luego la saludé...

Adiós, Lebenem. Yo seguiré mi camino. Aquí no soy necesario.



Adiós, Nippur, Hombre de Lagash. Nunca conoceremos a nadie mejor que tú.

Di media vuelta y abandoné la estancia. En el exterior chisporroteaba el fuego pero ya no había lucha. Los cuerpos de los negros hacían una alfombra.



Subí en mi carro y me envolví en una manta pues la noche iba a ser muy fría. En el momento de tomar las riendas me pareció oír un grito...



Entonces azoté a los caballos, que, con un fuerte relincho, saltaron en la noche, torturando la tierra con sus cascos. Su poderoso galope me llevó lejos del fuego y del grito. Me llevaron hacia la distancia, hacia la noche, hacia la nada.

Fin